

UN VERANO EN GALICIA

Comentarios a los capítulos sobre la pesca en 1902, en algunos ríos gallegos, de la obra de C. Gasquoine Hartley *Spain revisited. A summer holyday in Galicia* (Stanley Paul & Co. London, 1911); obra traducida al gallego por Xosé María Gómez Clemente y editada por la Ed. Galaxia en 1999. Se añaden algunos interesantes comentarios y capítulos del libro *Fishing and travel in Spain*, publicado por su marido Walter M. Gallichan (F. E. Robinson & Co. London, 1904)

Por Argibay

Catherine Gasquoine Hartley nació en 1866 (o en 1867, no hay certeza) en Antananarivo, Madagascar, y falleció en 1928. Escritora, historiadora y experta en arte hispánico, estuvo profundamente enamorada del arte, la gente y la cultura española en general, y de los gallegos en particular, de quienes decía que eran «muy superiores al resto de los españoles en educación, amabilidad, cortesía y hospitalidad».

Después de pasar tres estancias en España y recorrer todo el país, escribió varios libros sobre nuestro arte, en particular sobre la pintura y el arte sacro español. Más adelante escribió sobre diversos temas: la relación entre los sexos, la educación de los niños, el divorcio, la sexualidad humana, etc.

En 1911 publicó en Inglaterra un libro titulado *Spain revisited. A summer holyday in Galicia* (Stanley Paul & Co. London, 1911), que ella dedicó «A los muchos amigos en Galicia¹», en el que relata la visita hecha a nuestra tierra en 1910 como miembro de una comisión inglesa para la promoción del turismo. Este libro, que en su edición inglesa está ilustrado con 58 fotos de la época, fue traducido al gallego por Xosé María Gómez Clemente y publicado por la editorial Galaxia en 1999 con el título *Un verán en Galicia*. Lamentablemente, en la edición gallega no hay fotos, pero sí algunos dibujos.

Catherine Gasquoine no solo quedó impresionada por la arquitectura, la escultura y el arte sacro gallego, sino también por el carácter de nuestros paisanos, a los que consideraba «muy parecidos a los irlandeses y nada parecidos a los ingleses».

En *Spain revisited...*, a través de 18 capítulos nos cuenta sus impresiones sobre el viejo reino de Galicia y nos habla de «la bellísima Mondariz», la isla de La Toja, el Camino y la ciudad de Santiago; A Coruña, Ferrol, Vigo y Ourense; algunas villas como Ribadavia y Arbo, y, sobre todo, de la personalidad de los gallegos, entre los que prefiere a los de clase humilde antes que a los de las clases acomodadas. Su dominio del castellano no es grande pero es muy buena observadora, y nuestra tierra y su gente le han dejado honda huella.

En la vida rural gallega ve mucha pobreza, pero también una gran alegría de vivir.

Los capítulos XIII y XIV de este libro no los dedica al arte ni a la arquitectura gallegos, sino a la pesca con caña en algunos de nuestros ríos; pues la autora es pescadora, aunque reconoce que no tiene una afición por la pesca tan grande como la de su segundo marido, el periodista y

¹ Dedicatoria en castellano, en el original. (N. del T.).

escritor Walter M. Gallichan (1861-1946), con el que se casó en 1901 y del que se divorció en 1915.

Walter Gallichan, que pescaba preferentemente con mosca, dejó escritos (entre otros muchos) nueve libros sobre la pesca, uno de ellos titulado *Fishing and Travel in Spain. A guide for the angler*. Lo publicó en 1904 y se lo dedicó «A mi mujer, mi alumna de pesca y compañera», y en él relata sus vivencias como pescador en diversos ríos después de haber recorrido en 1902 el País Vasco, donde pescó en el Bidasoa; Cantabria, donde pescó en el Ason y en el Pas; Andalucía, donde intentó pescar sábalos en el Guadalquivir; los ríos leoneses Órbigo y Esla, y Galicia, donde entró por Ponferrada y pescó en el Sil, en la localidad de Matarrosa; después en el Miño, en os Peares; en el Avia, en Ribadavia; de nuevo en el Miño, en Arbo (donde también pescó en el río Deva); en Tuy, y terminó pescando en algunos ríos del norte de Portugal. Finaliza su libro con comentarios sobre la ley de pesca vigente en España en aquella época.

Pues bien: los citados capítulos XIII y XIV del libro de C. Gasquoine Hartley no son más que recuerdos del verano de 1902, que pasó en España en compañía de su marido. En el relato de su experiencia de pesca incide más sobre los detalles humanos que sobre la pesca en sí misma, mientras que el libro de W. Gallichan aclara muchos detalles técnicos y, en mi opinión, revela con más verosimilitud la realidad de la pesca en los ríos Miño y Sil, que no siempre presentaba un panorama agradable.

Algunos párrafos de *Spain revisited...* están prácticamente copiados de *Fishing and Travel in Spain* y esto es comprensible, pues la autora escribe sobre cosas que sucedieron nueve años antes, mientras que los recuerdos de su marido están aún muy frescos. No obstante, hay diferencias lo bastante sensibles y variadas como para que ambos textos tengan su propio interés, y con frecuencia los puntos de vista de ambos autores son distintos.

Hay un detalle curioso: W. Gallichan, en su recorrido gallego empieza pescando en Matarrosa y va bajando por el Sil y el Miño, mientras que el relato de su mujer empieza en Tuy y va subiendo río arriba, hasta terminar en Matarrosa. Y en este lugar terminaré yo mis comentarios sobre el libro de C. Gasquoine, mientras que me extenderé un poco más sobre el libro del señor Gallichan porque contiene muchos datos que considero de gran interés histórico para el pescador actual.

La introducción del capítulo XIII de *Spain revisited...* deja claras las preferencias de C. Gasquoine:

“Es evidente, creo yo, que la España que amo y sobre la que escribo no es la del turista y del que anda mundo. Si todo lo que conociese sobre el país se limitase a mi última visita (la de 1910), cuando las comodidades facilitaron nuestro viaje, mi visión de la gente sería muy distinta. Ahora escribiré sobre mis experiencias en la Galicia que empieza donde terminan las ciudades. Aunque estas impresiones pertenezcan a una visita muy anterior (la de 1902), en muchos sentidos son la parte más viva de mis recuerdos de esta tierra encantadora”.

Ciertamente, la visita de 1910 fue de carácter oficial y C. Gasquoine estuvo hospedada en los mejores hoteles, mientras que la de 1902 fue una visita de pesca y aventura, trufada de muchos instantes azarosos y con notables incomodidades.

Mientras su marido baja al río Miño en Tuy para explorar sus posibilidades para la pesca con caña, ella se sube al campanario de la catedral, a la que considera más una fortaleza que una iglesia.

“Mi mente se llenó con las fantasías del momento y sentí que esta villa, tan pacífica y remota, estaba enbrujada con los recuerdos de luchas pasadas más que ninguna otra villa que hubiéramos visto...”.

“¡Y habíamos venido a Tuy a pescar! Parecía apropiado que esta expresión moderna del viejo instinto de lucha se encontrase con la decepción. El Miño está aquí lleno de hombres con redes, pero no llama a la caña de los pescadores”.

Su marido insiste en esta apreciación. En su *Fishing and travel in Spain* escribe: *“Por lo que dicen, el Miño es un río salmonero muy productivo, pero hoy día muy pocos salmones escapan a las redes que ponen en Caminha y Tuy”.* Recordemos que está hablando del año 1902.

Respecto a las posibilidades del pescador con caña en Galicia, C. Gasquoine dice que *“Hay muchos ríos buenos para la práctica de este deporte en todas las partes del reino, especialmente en las provincias de Lugo y A Coruña, que poseen toda las cualidades para la producción de fauna acuática... Un escocés en Ferrol me dijo que pasaba todas sus horas libres pescando, y tenía suerte con las truchas asalmonadas en los ríos del entorno. El Miño y el Sil tienen truchas tan grandes como las de cualquier otro río de Europa. La pesca es casi gratis, sólo hay que pagar una licencia que cuesta alrededor de tres chelines. No hay duda de que, con un cultivo adecuado, Galicia puede transformarse en el paraíso del pescador al cabo de unos años. Pero hay que revisar la ley de pesca. Los ríos no se repueblan, y se desconocen los viveros de truchas. Abundan los pescadores furtivos que utilizan trampas, físgas, y en algunos lugares la mortífera dinamita. También usan las hojas de una planta que en Galicia conocen con el nombre de torbisco para coger truchas. Los labriegos pueden coger grandes montones de ellas solo con echar las hojas en las pozas poco profundas de los ríos. Su efecto es venenoso para los peces, que suben a flor de agua y se pueden capturar con facilidad”.*



Paisanos pescando con red en un río

“Cogen con una red de mano miles de peces pequeños en las pozas de los afluentes durante las temporadas de sequía. En Mondariz tuve oportunidad de ver a un grupo de

pescadores del lugar que, en menos de una hora, sacaron del río bastantes peces como para darles de comer a treinta personas. Un trecho del río estaba atrancado con redes largas sostenidas por dos filas de hombres que se juntaban poco a poco, llevando a los peces con ellos. Echaban sus redes en estas pequeñas pozas artificiales y cogían montones de peces. Luego las mujeres los asaban en unas hogueras que habían hecho en la orilla del regato. Era una escena pintoresca de un vivo color local, pero triste para los pescadores. Sin embargo, este panorama tiene un lado más luminoso: Galicia está casi totalmente libre de ríos envenenados y contaminados. Hay cientos de kilómetros de ríos hermosos que destacan por la ausencia de fábricas, industrias o grandes ciudades cerca de sus aguas. También la abundancia de peces es milagrosa. Casi todos los grandes ríos están llenos de truchas porque los pozos hondos detienen a los pescadores furtivos, que se concentran en los tramos poco profundos y en los afluentes. El Ulla, el Tambre, el Xallas y el Eume son todos ríos de pesca que se pueden comparar con los mejores de Inglaterra, Escocia e Irlanda. En la provincia de Orense encontramos la gran laguna de Antela, en la que abundan las truchas. Se pueden encontrar salmones en muchos ríos. Hay sábalos, lampreas, barbos, bogas y escalos —una especie de cruce entre un alburno y un pez cacho—, y otros peces menos finos. En algunos también hay abundantes anguilas, aunque afortunadamente los mejores lugares para la trucha están libres de ellas”.

Llama la atención el hecho de que mencione al barbo, «que en Galicia es distinto de Inglaterra al ser más hermoso y más fino; tiene un color más dorado y las escamas no son tan gruesas».

Los únicos ríos de Galicia donde he visto barbos, son el Támega y el Limia. En el Támega hay algunos en la zona de Verín, pues suben por Portugal desde el Duero; y en el Limia los hay aguas abajo del embalse de As Conchas y pueblan el embalse de Lindoso, ya en Portugal.

Algunos viejos pescadores (entre ellos Emilio Fernández Román) me dijeron que en sus años mozos habían pescado barbos en el Miño y su afluente el Loña; pero, salvo su palabra, no he encontrado la menor prueba (ni siquiera gráfica) de que hayan existido en estos ríos.

Su información sobre las anguilas no es muy segura, pues estos peces catádromos eran entonces abundantes en todos los ríos y regatos gallegos.

La pesca con caña es un deporte con siglos de antigüedad en las islas británicas, pero a C. Gasquoine y a su marido les sorprende que *“La mayoría de los gallegos practica la pesca sólo como medio para obtener comida. No obstante, hay pescadores de caña ribereños en todas partes. Los aparejos de pesca que utilizan son muy rústicos: las cañas están hechas con tallos de maíz y tienen la puntera de avellano, los lances son toscos y las moscas grandes y rudas. Pero los pescadores son hábiles y muchos de ellos llegan a ser verdaderos expertos. Observamos que, aunque la pesca en Galicia quizá no se pueda comparar aún con la de los países que cultivaron y protegieron los recursos naturales de sus ríos para el uso de los pescadores, los ríos de este país les ofrecen muchísimas oportunidades a los aficionados a este deporte. Y los que prefieren los ríos inexplorados, glorificados por paisajes hermosos y una riqueza de experiencias interesantes, bien pueden volver sus pasos hacia el más hermoso, salvaje y, con seguridad, menos conocido de los centros de pesca de Europa”.*

El traductor gallego ha convertido la expresión del original *coarse casts* en «los carretes son muy toscos», aunque la autora dice en realidad que «los lances son toscos» porque nuestros pescadores no suelen usar carrete, sino que pescan a punta de vara. También Gasquoine menciona como material para las cañas a los tallos de maíz (esta vez bien traducidos del original), pero su marido no menciona en absoluto este material, y sí dice que las cañas son enterizas de bambú, o con tramos de cañavera y punteras de bambú o avellano. No he

encontrado absolutamente ninguna referencia histórica al uso de los tallos de maíz como material para las cañas de pescar gallegas ni de otra parte. Posiblemente Gasquoine los confundió con la cañavera.

La autora introduce ahora una aclaración: *“Debo añadir que mi viaje fue la aventura de una persona a la que no le gusta la pesca y que no conoce nada de este deporte. Quedé enganchada por el hechizo de unas vacaciones fuera de lo normal y por la oportunidad que me ofrecieron de tener aventuras encantadoras. ¿Notas e investigaciones? ¡No tomé ninguna, ni siquiera pensé en hacerlo! Confieso que la gran pasión del pescador nato me iba a molestar. No; yo simplemente gocé de la vida, algunas veces pescando, pero con más frecuencia soñando. Si cogía algún pez, que sí cogí, era por suerte y no por maña. No hay ningún pescador, por malo que sea, que no fuese capaz de coger más peces que yo.*



El Miño, cerca de Tuy, hacia 1902

Un día después de llegar a Tuy salimos temprano hacia el río Louro, un afluente del Miño que se junta con éste no muy lejos de la villa. Dicen que este río tiene oro, y un guardia civil muy atento nos informó de que era el mejor regato para las truchas. Aunque eran las ocho, hacía mucho calor y el trecho por el camino resplandeciente y sin sombra, cargados con nuestros aparejos de pesca, fue agotador. Nos alegramos mucho de dar con un claro sombreado en la ribera verdeante de un riachuelo extraordinariamente limpio. Supongo que un pescador experimentado siempre se entusiasmará al buscar aventuras en un río nuevo. Yo no comprendo eso. Lo que me deleitaba era la belleza del lugar. No pesqué. No había vereda a orillas del río, y la ribera estaba cubierta de árboles y matorral; en estas circunstancias pierdo la paciencia. Escogí un lugar y me senté a la sombra de los castaños y de los álamos temblones. El regato era el más limpio que vi en mi vida, y el sol, que perforaba entre los árboles, iluminaba cada piedra del fondo. Un martín pescador se lanzó como un relámpago azul sobre el agua, y los caballitos del diablo de color esmeralda bailaban en todas las direcciones. Las oropéndolas doradas cantaban, y se escuchaban los arrullos suaves de las palomas torcaces en los árboles altos. Incluso a la sombra hacía calor, y creo que me quedé dormida.

Más tarde mi marido vino junto a mí. La pesca era inútil. Puede que hubiese truchas en aquel río, pero él no vio ni la primera. Sólo unas pocas bogas le saltaron con pereza a su mosca.

Mientras hablábamos, hubo un bullicio repentino en una poza clara y poco profunda que estaba a nuestros pies. La ola se extendió por todo el regato y se estrelló con suavidad contra la orilla.

— ¿Qué fue? —mi marido levantó la mano para acallar mi pregunta. Luego aparecieron la cabeza y los hombros de una gran nutria que nos miró un momento y enseguida se zambulló otra vez en el agua. Mi marido dijo que su presencia era prueba de que en el río había peces de tamaño considerable, aunque probablemente las presas del animal serían mayormente anguilas y ranas.

Tuy no es un buen lugar para los pescadores. Decidimos marchar por la tarde en el tren correo hasta Arbo, una villa situada a orillas del Miño a unos treinta y cinco kilómetros.”

Así Catherine y su marido viajan por primera vez en su vida en un vagón de tercera clase. Entre el gentío que espera el tren en la estación de Tuy, *“se adivinaba una especie de paciencia tranquila y fatalista en apariencia; no parecía que estuviesen esperando un tren en particular, sino que deseaban que llegase un tren cualquiera para llevarlos a sus destinos. Incluso cuando llegó el tren no hubo prisas”.*

En un vagón atestado de gente, *“lo que más nos sorprendió fue el buen humor y la fina cortesía de los labriegos. Parecía como si no pensasen en sí mismos y fuesen incapaces de considerar la incomodidad personal. Se arrimaban aún más unos a otros en el asiento para hacerles más sitio a los «extranjeros». Un labriego alegre, de mediana edad, me ofreció su chaqueta doblada para hacerme un asiento más cómodo. Nos hicieron preguntas: ¿éramos franceses o ingleses? ¿Hacia dónde íbamos? ¿Por qué habíamos venido a visitar su país? Se rieron con sonoras carcajadas cuando respondimos que veníamos a pescar. ¿Vendíamos los peces? No, pescábamos por afición. Su sorpresa aumentó.”*

En la estación de Guillarey estuvieron una hora esperando un cambio de tren. Les sorprendió que los viajeros que, como ellos, esperaban el tren procedente de Vigo, pasaran el tiempo bailando con la música de una gaita que tocaba uno de los labriegos.

“Entonces aún no conocía a los gallegos, y en aquella ocasión quedé maravillada por la facilidad con la que se olvidaban de todo para aprovechar un momento de alegría. La felicidad sincera era contagiosa; sentí que también yo tenía ganas de bailar. La hora se me pasó con una repidez sorprendente”.

El nuevo tren que cogieron estaba más lleno que el anterior, si eso era posible.

“La gente hablaba demasiado y todos parecían miembros de la misma familia. Nos hicieron otra ronda de preguntas, pero sin abandonar la formalidad: eran el resultado de una amigabilidad que procuraba que los extranjeros se sintieran como en su casa. El calor en el vagón era asfixiante, y había un olor a ajo en el aire. El sudor nos corría como un torrente por la nariz y la frente, y aun así, estas gentes sentadas con tanta incomodidad y sin nada más que beber que agua caliente que llevaban en sus envases de cuero o en jarras de barro, no hicieron más que reír, hablar y cantar en todo el camino. Era imposible no admirar la filosofía y la tranquila despreocupación de su ánimo. Algunos de ellos decían que la comodidad no estaba hecha para los pobres, y se echaban a reír mientras se encogían de hombros. Hablaban con nosotros sin parar y, cuando no los entendíamos, como pasaba muy a menudo, conseguían mantener la conversación por medio de gestos expresivos. Con el embrujador entusiasmo de los niños nos invitaban a prestar atención al paisaje y a los muchos sitios por los que el tren iba pasando.”

“Ya pronto serían las nueve, y el viaje de treinta y cinco kilómetros nos había llevado más de tres horas, pero la velocidad al viajar no siempre es ventajosa. Uno sólo tiene una oportunidad para hacer algo por primera vez, y sólo en esa ocasión se goza con la frescura de hacerlo. Tengo muchos y buenos recuerdos de mis viajes en tercera clase por España, pero éste es el que mejor recuerdo.”

Arbo está situado como un nido de águila en una garganta salvaje del Miño. La posada, que estaba cerca de la estación, parecía muy primitiva”.

La habitación les parece muy simple (una cama y una silla), pero muy limpia. No ocurre así con el comedor, que estaba menos limpio y *“en el aire había el hedor del ajo y de los humos del aceite mal refinado, el olor propio de todas las pequeñas posadas”.*

Pero tenían demasiada hambre y cenaron de buena gana una tortilla con tomate, jamón, queso de cabra y un vino de mesa blanco que estaba «realmente bueno»

Al principio tomaron a unos huéspedes por bandoleros. Éstos bebían vino por una bota de una forma «que sólo los españoles son capaces de beber». Imaginaron las navajas que llevarían guardadas, «pues todos los españoles llevaban una». Pero sólo eran hombres de la villa que todas las tardes bajaban a beber durante unas horas mientras hablaban de política, exponían sus teorías sobre la agricultura y también hablaban de poesía, «pues todos los gallegos son poetas».

Según la escritora inglesa, nuestros paisanos de entonces parecían despreciar el dinero: *“Una y otra vez, antes de conocer el país, caímos en el error de ofrecer dinero por las ayudas que nos prestaban. Puedo dar un ejemplo: un chaval que pasó un día guiándome con tino por una villa en la que yo era una extraña, no aceptó la peseta que le ofrecí.*

— Señora —me dijo—, le tengo mucho aprecio. Fue un placer para mí estar en su compañía. Me dolería aceptarle el pago...

Nunca me sentí tan reprendida.”

Sin embargo, su marido dice en su libro que muchos de los paisanos admiten algunas monedas a cambio de pequeños favores.

Pasaron una semana feliz en Arbo, aunque el tiempo climatológico no era bueno para la pesca. Según C. Gasquoine, *“había un sol radiante y la falta de lluvia empeoraba las condiciones del agua día a día. El calor era a veces insoportable”.*

W. Gallichan lo pone aún peor. Nos dice en *Fishing and travel in Spain* que «las piedras a orillas del Miño estaban tan calientes que se habría podido asar una loncha de tocino en ellas».

Para la escritora, *“el mejor lugar para la práctica de nuestro deporte lo encontramos en un afluente que se junta con el Miño a menos de dos kilómetros de la villa, y que está situado en un embujador valle sombrío. Las truchas eran pequeñas pero abundantes y vigorosas; un pez de cien gramos en aquella corriente violenta luchaba como uno de doscientos cincuenta en Inglaterra. El río nos recordó al Dove en el Derbyshire, solo que aquel riachuelo era más grande y el paisaje más grandioso...”.*

No nos dice el nombre de este afluente, y su marido sólo comenta que en él pescó con mosca algunas truchas pequeñas. Tampoco dice su nombre ni le parece que sea tan bueno para pescar, pero el hecho de que a la autora le recuerde al Dove nos da una buena pista: se trata en realidad del río Deva, que, por cierto, en alguno de sus tramos sí que se parece al Dove, pero su gran similitud gramatical sin duda hizo que los dos ríos se parecieran en su memoria; si no del todo en su aspecto físico, sí en sus nombres.

En su libro de 1905 *Fishing in Derbyshire and Around* («Pesca en el Derbyshire y en sus alrededores»), Walter Gallichan dice que *“El Dove es una escuela excelente para el pescador con mosca. Todo miembro de la gente pescadora debe ir allí por lo*

menos una o dos veces en el curso de su vida. Aprenderá lo que la educación hace en las truchas, e incluso con los timalos, menos reticentes, y verá a algunos de los pescadores más hábiles que se encuentran en las Islas Británicas, hombres que pueden burlar al más sabiondo de los peces. Allí ganarás prestigio y obtendrás reconocimiento como un verdadero pescador ".

Continúa Catherine: *“El lugar que más me gustó estaba cerca de un molino viejo y pintoresco, donde observé a unas mujeres lavando lino en un arroyo”.*

Es probable que se refiriera al molino que hay al lado del puente de Mourentán, donde una placa conmemora un combate que tuvieron los guerrilleros gallegos con tropas francesas procedentes de Portugal en 1809. C. Gasquoinne destaca que *“las mujeres nunca dejaban de saludarme, y cuando escuchaba su saludo —«Que Deus a acompañe»—, sentía que volvía a un tiempo no muy lejano del principio de nuestra era”.*

He tenido el placer de pescar en el río Deva desde los 16 hasta los 21 años (desde 1971 hasta 1976), y en mi recuerdo permanece la abundancia de las pequeñas truchas que pescaba y el salmón (seguramente un zancado) que se fue con mi chucharilla del 2 en el pozo del puente de Mourentán.

La pareja despertaba la curiosidad de los lugareños: *“Con frecuencia nos seguían por la ribera grupos de espectadores y los pescadores locales, que codiciaban nuestros aparejos de pesca hechos en Inglaterra. Enseguida se hacían amigos nuestros cuando les regalábamos moscas. El interés se centraba en mí; yo era la primera mujer pescadora que habían visto en Galicia. Mi ropa de pesca les interesaba mucho a las mujeres: estaban maravilladas de verme en el agua, y nunca se cansaban de señalar con el dedo mi impermeable, y de hacer preguntas sobre él”.*

Sin duda ambos usaban vadeadores, que, como se verá más adelante, no sólo provocaban curiosidad.

Y hablando de curiosidad, grande fue la de la pareja inglesa al ver las *pesqueiras* del Miño, el valor que le echaban los paisanos al saltar de muro en muro para levantar y posar los buitrones, y los sábalos (de entre dos y cinco kilos) que se pescaban con ellos. W. Gallichan dedica un capítulo entero de su libro a describir la pesca de estos peces, y tanto él como su mujer destacan que el pescador de sábalos más hábil del lugar (incluso más que los pescadores de enfrente, los portugueses) era un cura que tenía su propia *pesqueira*. Su truco era sujetar una rama verde en la entrada del buitrón. Según el mosén, los sábalos, que la confundían con un alga, pasaban por entre ella sin desconfiar de la trampa.

Al señor Gallichan le maravillaba que los sábalos del Miño no pudieran ser pescados con caña, pues no tomaban ningún cebo, mientras que durante una breve estancia en el Guadalquivir supo que allí los pescaban con varios cebos. De hecho, intentó pescarlos con lombriz a fondo en Arbo, y sólo consiguió sacar anguilas.

Es sorprendente que ninguno de los dos mencione que en los buitrones de las *pesqueiras* no sólo entraban sábalos, sino también salmones, lampreas y, por supuesto, bogas.

Pasaron un bello atardecer en la desembocadura del río Deva. C. Gasquoinne nos cuenta:

“El atardecer era perfecto, y sobre el agua se reflejaba una tardía luz dorada. Llegamos a una zona con poco fondo, larga y con una corriente bastante rápida, donde crecían algas entre la grava. Mi marido dijo que probablemente era un buen lugar para las truchas. Lancé la línea, y casi inmediatamente clavé un pez grande. Mi ligera caña de greenheart

se dobló hasta que pensé que se iba a partir mientras el pez nadaba rápidamente hacia el medio del río. Como dije antes, no soy una gran deportista, pero aún recuerdo la emoción de aquel momento. Le grité a mi marido como una loca.

— ¡Déjalo correr! —fue su respuesta—. ¡Sea lo que sea, es un pez grande!

Mi caña cedió más, aunque la línea seguía saliendo del carrete. A unos veinte metros un chapoteo rompió el agua, y por un segundo un gran resplandor plateado brilló por encima del río. ¿Era un salmón, un sábalo, o una de las poderosas truchas del Miño? Nunca lo sabremos: la caña se enderezó y la línea cayó en la orilla.

¿Estaba triste o alegre? No lo sé. Creo que estaba disgustada por la emoción que había sentido. Cuando menos eso es lo que quiero creer, ya que a una le gusta pensar bien de sí misma, y siempre dije que en el deporte el daño no se le hace al animal que se mata, sino a uno mismo por gozar con esa muerte.”

Aunque el traductor gallego dice que C. Gasquoine manejaba una caña de «laurel de las Indias» y la planta del *greenheart* es también una laurácea, la traducción correcta para esa caña sería la de *greenheart*, denominación inglesa de estas cañas de pescar. La planta del *greenheart* (*Chlorocardium rodiei*), también llamada «palo verde», es originaria de la Guyana y Surinam, y tiene una madera extremadamente dura. Las cañas de pescar fueron fabricadas con este material entre 1850 y 1950 aproximadamente, siendo sustituidas poco a poco por las más ligeras de bambú refundido, especialmente cuando se descubrió el bambú de Tonkin, que es el mejor para fabricar estas cañas.

En el libro de W. Gallichan no se menciona esta aventura con el gran pez que le sucedió a su mujer en la desembocadura del Deva en el Miño. Y es curioso que no lo mencione, pues sus recuerdos deberían de estar más frescos y la lucha con un gran pez plateado es algo que siempre queda en la memoria de los pescadores, sobre todo si el pez se ha perdido.

La pareja dejó Arbo y cogió el tren para Ribadavia, pues les habían dicho que el Avia era un buen río truchero. Pero quedaron decepcionados y sólo permanecieron allí un día, *“ya que las posibilidades de pesca eran desalentadoras. En el hermoso río Avia el furtivismo había esquilado la población de truchas, y mi marido no vio ninguna durante las cinco horas de pesca río arriba. Mi paciencia se agotó mucho antes y, al volver, pasé unas horas encantadoras caminando sin rumbo por la villa añeja y pintoresca”*.

W. Gallichan es de la misma opinión en su libro. Le pregunta a un barquero si hay truchas en el río, y éste le responde que «muy pocas» mientras mueve la cabeza lamentándolo. El pescador inglés sospecha que hace muchos años que se vienen usando las redes en el Avia.

La escritora sigue maravillada con la educación, amabilidad y hospitalidad de los gallegos con el extranjero. Cuenta la siguiente anécdota: *“Estábamos en una posada de una villa y pedimos una comida que no había en las proximidades. Mandaron a un mensajero a caballo durante unos treinta kilómetros a través de las montañas para conseguirla en la villa más próxima. No aceptaron ningún pago por el servicio. No; la señora inglesa era una convidada en la casa; ella había pedido algo y su deber era procurárselo. ¿Las molestias o el coste? Ellos no lo entendían. En la vieja España no se prestan servicios por dinero.”*

Aunque, en su libro, su marido no menciona anécdotas de tal generosidad, coincide con ella al valorar muy positivamente la amabilidad de los gallegos.

C. Gasquoine escribe a continuación una reseña de la villa de Ribadavia, que «posee la gracia natural del nido de un pájaro o la cueva de un castor». La villa le recuerda a Tuy. Le calcula unos cinco mil habitantes, y un labriego le enseñó su método para hacer vino. «Todas las casas de la comarca tienen su viña», pero destaca que, *“aunque el vino sea abundante y barato, el*

agua es la bebida más consumida en Galicia. El odio de los españoles por la ebriedad data de tiempos antiguos. Estrabón escribió que un hombre se arrojó al fuego porque le habían llamado borracho. Sólo vi a un hombre borracho en España, y era inglés».

Aparte del fracaso de la pesca en el río Avia, la pareja vive una anécdota que mencionan ambos en sus respectivos libros. Cuenta Catherine:

“Aquella mañana nos ocurrió un incidente que merece la pena contar. Mientras bordeábamos una parcela cultivada para tener una mejor vista del río, de pronto nos vieron dos mozas labriegas que estaban trabajando con hoces. Con un grito desgarrador tiraron las herramientas y corrieron como si hubiesen visto al lobo. Creemos que fueron nuestras ropas de pesca las que les causaron tal pánico; nunca debieron de imaginar un carnaval con unas vestimentas tan horripilantes. Casi podría asegurar que nos confundieron con el mismo diablo.... El mozo de la fonda, que nos acompañaba, quedó muy ofendido y nos pidió mil disculpas. «¡Ignorancia!»! ¡«Falta de educación!»!, continuó murmurando para sí mismo un buen rato”.

Su marido atribuye la reacción de las mujeres a las supersticiones de los gallegos: han tomado a sus vadeadores y chalecos por ropajes de espíritus diabólicos.

W. Gallichan está desmoralizado por su poco éxito pescando en el río Miño, que aún en nuestros días suele ser poco generoso para los pescadores con caña. Junto con su mujer, repasa un mapa y observan un lugar que despierta su curiosidad.

— *Mira. ¿Cómo se llama este sitio? Aquí parece que hay tres ríos.*

Acabaron por descifrar el nombre: Os Peares.

— *¡Vamos allá!* — grita impulsivamente la mujer.

— *Pero no sabemos si hay alguna fonda o algún sitio donde hospedarnos* —replicó su marido, más cauteloso.

— *¿Qué importa? Quiero una aventura* —responde ella.

— *De acuerdo; saldremos en el tren de la mañana. Así, si no hay casa de huéspedes podemos seguir adelante* —proyecta W. Gallichan.

— *No* —contestó ella—. *Tengo que detenerme en Ourense para ver la catedral.*

Los dos sabían que sólo había dos trenes: uno por la mañana y otro por la noche.

— *Pero llegaremos a Os Peares en medio de la noche; y si...*

Ella lo hizo callar otra vez.

— *Quiero una aventura. Estas vacaciones están siendo demasiado fáciles y cómodas.*

— *Muy bien; pero será culpa tuya si...*

“Solté una carcajada, y me fui a cama esperando con expectación que llegase el día siguiente” —cuenta ella.

Pasaron un día en Ourense y, según C. Gasquoine, aparte de la catedral «no hubo nada que me llamase la atención». Pero en realidad le llamaron la atención las Burgas... por un motivo insospechado. De ellas cuenta lo siguiente:

“Gozamos mucho con una de las fuentes; el agua surgía de una pared de granito, bajo un arco decorado con esculturas, y en unos depósitos que recogían el agua sobrante había mujeres lavando lino. Pero a la orilla de los otros dos caños estaban despellejando y escaldando pollos en un depósito, mientras que en otro estaban cocinando carne en el agua que hervía a borbotones. En las proximidades hay carnicerías, y aquel lugar estaba lleno de reses muertas que las mujeres despellejaban y limpiaban —aquello hedía con los efluvios propios de un matadero—, y toda aquella mezcla maloliente invadía el lugar. Había un bullicio continuo de gente: las mujeres metidas en el agua salguinolienta hasta los tobillos, y se escuchaban los gritos de voces ásperas y el chapoteo de las reses despellejadas que

echaban en el agua. También se oían carcajadas y las notas de alguna canción que sugía de entre la masa de mujeres, como las burbujas de vapor agrumando de una pota que hierva. El resplandor y la felicidad despreocupada de nuestros días en Arbo parecieron apagarse como una vela puesta al viento. Nunca vi una escena que me animase tanto a adoptar una dieta vegetariana”.

Se puso a llover con intensidad. Entraron en un café y se entretuvieron viendo jugar al billar a unos mozos. Ella aprovechó la ocasión para escribir algunas cartas —la camarera le trajo papel y tinta—, y provocó el asombro de los que jugaban al billar cuando vieron la rapidez con la que escribía. Los clientes de la cafetería le hicieron coro, pasmados ante una escritura tan rápida.

Cuando dejó de llover fueron los dos hasta el río, posiblemente en las proximidades del puente romano porque ella cita una gravera que sigue existiendo.

“Dimos con un hombre que llevaba una caña de pescar, y mi marido lo saludó como a un hermano pescador. Nos enseñó sus moscas caseras, pequeñas y hechas por él con más maña que ninguna otra que hubiéramos visto en Galicia. Unos hombres ponían cebos en unas líneas que, luego, lanzaban al río. Les preguntamos qué cogían, y ellos contestaron:

— Mayormente anguilas.”.

En su libro, W. Gallichan relata el mismo encuentro y dice que el pescador ourensano era un hombre poco comunicativo, tal vez porque no entendiera muy bien su castellano.



Monumento a concepción Arenal en Ourense

La tarde pasó despacio, entre nubes que quizá anunciaban una tormenta nocturna. «No tenemos dónde dormir y puede que no lo encontremos»; éste era un pensamiento que ninguno de los dos se atrevía a decir en voz alta. Una cena bien cocinada los animó a alejar aquella preocupación.

Mientras no llegaba la hora de estar en la estación, fueron hasta la plaza del obispo Cesáreo para ver una vez más el monumento a doña Concepción Arenal. Para C. Gasquoine, ***“este monumento, dedicado a la gran mujer gallega, era un lugar sagrado”***.

Merece la pena reproducir aquí toda la *aventura* que tanto deseaba la escritora inglesa. No recuerda el viaje desde Ourense hasta Os Peares, pero la llegada la recuerda «como si fuese ayer» (no olvidemos que está relatando hechos que habían ocurrido hacía nueve años).

“Estaban a punto de dar las doce de la noche más oscura que viéramos desde nuestra llegada a Galicia: ese tipo de oscuridad que engulle todo el paisaje pero deja aquí y allá remiendos cenicientos más claros que adoptan formas fantasmagóricas. En la estación no había ninguna luz salvo el farol de petróleo que llevaba el jefe de estación. El hombre se quedó mirándonos mientras nos apeábamos con las maletas y las cañas en el suelo mojado —no había andén—. Mi marido le preguntó por una casa de huéspedes. Había una a unos tres kilómetros. Y añadió el ferroviario:

— Malo para la señora.

¿No habría otro sitio? Sí: había una casa buena mucho más cerca pero no sabía si nos recibirían. A veces recibían visitantes, pero ya era muy tarde. Se encogió de hombros y se preparó para abandonarnos. Debía de pensar que estábamos locos para ir a un sitio como aquél. Sin duda se moría por irse a su casa, pero era el único que nos podía ayudar. ¿Podría mandar a alguien para llevar las maletas y guiarnos? Sí, mandaría a un hombre. Se marchó, y con él también desapareció la luz del farol.

No estábamos en una situación muy agradable. Al excitarse nuestra imaginación, el encanto de la aventura se volvió una verdad incómoda. Yo quería romanticismo, ¿pero esto? —una necesita toda su filosofía para tapar las incomodidades corporales con el polvo dorado del romanticismo—. ¡Vaya noche! Llovía a cántaros y el sonido de las rachas de viento se mezclaba con el aún más fuerte rugir del agua. La estación está situada justo por encima del río. En este punto se junta el Miño con el majestuoso Sil, y también con el más pequeño Cabe. Era fácil imaginar la fuerza de la corriente al escuchar aquel bullir. Sentía que el agua iba a llegar hasta nosotros. Tardé unos días en perderle el miedo a una posible crecida de aquel río amenazador.

El tiempo no pasaba mientras esperábamos. Al cabo de un cuarto de hora, justo cuando estábamos pensando en lo que íbamos a hacer, llegó el guía que nos habían prometido.

Al principio el camino seguía la vía. Emprendimos la caminata siempre con la vista puesta en el suelo para evitar los raíles, que casi no veíamos. El viento persistía, dificultando así nuestro caminar y provocando que la candela de nuestro guía temblase hasta que se apagó. Era imposible volver a encenderla con aquel viento.

La oscuridad parecía más cerrada ahora que pasábamos por una arboleda. Al llegar al río Cabe, cruzamos por un puente de madera en ruinas, elevado y bamboleante. Nuestro guía nos advirtió de que estaban reparando el puente y había un trozo en el que le faltaba la barandilla. Yo podía ver la blanca espuma del agua. En las montañas había llovido mucho y el poderoso rugir del agua era estruendoso. Quedé muy contenta cuando cruzamos el puente. El camino retorcido seguía hacia adelante entre pequeñas lomas y roquedos. Aunque en realidad sólo fuese poco más que un kilómetro, aquello me pareció interminable. Sí, confieso que esta caminata me pareció espantosa. Si supiese, como nos contaron más tarde, que nuestro guía era un presunto salteador de caminos perteneciente a una banda que llevaba tiempo aterrorizando a la comarca y que lo estaba vigilando la Guardia Civil, dudo que le encontrase algún romanticismo a la situación. La aventura que tanto ansiaba acabó por convertirse en el más siniestro de los peregrinajes. Estábamos mojados y temblábamos como juncos. La tiranía que ejerce el cuerpo sobre la mente, en verdad es humillante.

Por fin, cuando ya creía que no podría seguir, vimos una luz que brillaba a lo lejos. La perdimos de vista al entrar en una viña; después llegamos repentinamente a una casa de piedra, posada sobre una roca como si fuese el nido de algún halcón. A un lado estaba el jardín, cubierto por una espesa parra. Aquella puerta recia, que tenía clavado toscamente un aldabón típico español hecho de latón y en forma de mano, me pareció el cielo, pero la puerta no se abría. Yo estaba de pie, cogida a la parra para no resbalar por el camino embarrado y mirando a la puerta. Las voces que venían de dentro hablaban en lengua gallega.

- *No nos pueden acoger —dijo nuestro guía.*
 — *¿A cuánto está la otra casa de huéspedes? —pregunté.*
 — *A tres kilómetros por un camino muy malo.*
Me volví hacia mi marido.
 — *No soy capaz de caminar hasta allí ahora.*

Creo que empecé a llorar. Las mujeres nos consolamos de esa forma, igual que los hombres se desahogan jurando.

- *¡Inténtelo otra vez! —le rogó mi marido al hombre.*
De nuevo oímos hablar mucho. Escuchamos a nuestro guía decir:
 — *... los compatriotas de don Carlos.*
 — *¿Qué quiere decir eso? —le pregunté en voz alta a mi marido, que ya empezaba a caminar por el sendero abajo.*

No respondió, pues al tiempo que yo hablaba se abrió la puerta y escuchamos la voz de un hombre. Nos sorprendimos mucho al oír hablar un inglés perfecto.

— *Entren —dijo—. Los acogerán. No supe que eran ingleses hasta que los oí hablar ahora mismo. ¿Qué hacen por aquí?*

Aquél fue el fin de nuestra aventura nocturna. Ya pasó mucho tiempo y, al recordar nuestras incomodidades y mis miedos, puedo sonreír con cinismo. Pero cuando entramos en aquel cuarto con un particular olor, medio cocina y medio tienda de aldea, con su ambiente de comodidad y de hogar que contrastaba con la noche brava, sentí que nuestro viaje, concebido en sueños, al fin volvía a ellos. Aquel pequeño rincón adonde había llegado la civilización era como un paraíso. Un poco después ya estábamos tomando unas tazas de té inglés —el primero que saboreábamos desde hacía semanas—. Creo que me sentí más patriota y leal a Inglaterra que en ninguna otra ocasión.

Ya era de día cuando nos acostamos. El inglés, conocido como don Carlos por la gente del lugar, era un huésped de la casa, un deportista y un pescador habilidoso. Pasaba la mayor parte del año en este refugio montañoso. Mi marido estaba encantado de encontrarse con un deportista inglés. Don Carlos llevaba varias temporadas pescando en el Sil, y conocía cada remanso que había en veinte kilómetros río arriba. No nos dio buenas expectativas para la pesca con mosca, pero habló de coger cestas de diez kilos de truchas pescando con cebo natural.

Cuando nos fuimos a cama, dimos con un cuarto extraño y pequeño; limpio pero sin ningún lujo. Nos pareció encantador, y quedamos dormidos arrullados por el salvaje estruendo del río encrespado.

Almorzamos en una terraza, cubierta con una parra, que dominaba el río. Era un lugar fascinante, con una vista magnífica. Justo debajo de nosotros estaba la confluencia del Cabe con la corriente principal; los lechos de los dos ríos formaban una figura como una Y. En la otra dirección, a la izquierda, se extendía el barranco rocoso donde se juntan el Miño y el Sil.

La mañana, aunque era fresca se mostraba gloriosamente brillante, y en todas las direcciones resplandecían los colores alegres que siguen a las tormentas. Los vencejos volaban cerca de las ventanas de la casa: era una mañana perfecta. El almuerzo también fue delicioso: café, pan, huevos y buena manteca; un lujo poco común en España.

C. Gasquoine relata la azarosa llegada a Os Peares con mucho más detalle que su marido, pero están de acuerdo en lo esencial: cuando llegan a la puerta de la posada, ambos están empapados y hambrientos. A ella posiblemente la traicione su memoria al llamar río Cabe al que en realidad es el río Búbal, afluente del Miño en Os Peares. El puente que cruzaron en la oscuridad sigue existiendo, y sé que ha sufrido muchas reparaciones a lo largo de los años; he sido testigo de algunas de ellas.

Si su compatriota británico, *don Carlos* (que en el libro de W. Gallichan se llama «Mr.L.»), conocía el Sil «en veinte kilómetros río arriba», también podría conocer la existencia de la desembocadura del río Cabe en San Esteban del Sil, pero en ninguno de los dos libros hay constancia de que la pareja de escritores haya estado allí. Lo cierto es que el Cabe, en el tramo de su desembocadura, es mucho más fácil de pescar con mosca que el Búbal, el Sil o el Miño en Os Peares; pero también es cierto que si entonces no había ningún camino más o menos directo que siguiera la ruta de la actual carretera que bordea el embalse de San Pedro, llegar por el Sil desde Os Peares hasta el Cabe, yendo por el río, es bastante difícil porque a ambos lugares los separan unos quince kilómetros; y por la zona que ocupa hoy el embalse, el Sil corría muy encajonado, era poco vadeable y había pasos rocosos difíciles de superar. Aun así, a *don Carlos* le quedaría la posibilidad de ir en tren desde la estación de Os Peares hasta la de San Esteban, que en aquella época no tardaría mucho más de lo que se tarda hoy, diez minutos o poco más, porque las velocidades concedidas a los trenes de ahora en ese tramo son en poco superiores a las que se permitían a primeros del siglo XX. El inglés bien podría ir en tren hasta San Esteban y pescar en el tramo bajo del Cabe, para bajar a Os Peares en otro tren concluida la jornada, o bien bajar pescando por el Sil hasta llegar a su confluencia con el Miño. Si *don Carlos* no llegó a pescar en el río Cabe, es porque se lo debieron de impedir poderosas razones que ignoramos. Quizá no fuera mosquero, y se conformó con pescar con señuelos naturales las grandes truchas que vivían en el Sil cerca de Os Peares, tal como apunta W. Gallichan en su libro.

Mediante estas reflexiones podemos llegar a la conclusión de que la pareja no debió de llegar al río Cabe, y que su mención por parte de C. Gasquoine se debe a algún error al consultar un mapa y al tiempo transcurrido desde que estuvo en Os Peares hasta que escribió los capítulos de su libro dedicados a la pesca.

W. Gallichan no menciona el nombre del afluente el Miño en Os Peares, y tampoco describe el panorama que se divisa desde la terraza donde almorzaron, pero la descripción que hace su mujer es lo bastante precisa como para que sepamos hoy que el camino nocturno se les hizo mucho más largo de lo que en realidad era, y ahora podríamos descubrir con bastante aproximación la casa en la que se hospedaron. Ha querido la casualidad que, allí o en alguna otra casa muy próxima, viviera hasta hace unos quince años un vecino, ya muy mayor, llamado el señor Manolo *Granxa*, un buen pescador con mosca ahogada al que yo apreciaba mucho y para el que monté moscas ahogadas durante varios años. El paisaje que se divisa desde la que fue su casa es exactamente el mismo que describe C. Gasquoine.

El hospedaje era también una tienda que vendía los más variados productos. El propietario, que para la inglesa era el señor S. y para su marido el señor Sastre, ***“conservaba el espíritu de un mundo antiguo. En el fondo de su mente hervía una mezcla de ideas comerciales y un espíritu celta. O era un poeta sin el don de la palabra, o un espíritu del lugar salvaje donde vivía se había metido en su alma mientras los apremiantes y sordidos asuntos de la vida ocupaban su mente. Sus costumbres nunca variaban, y la mayor parte del tiempo la pasaba sin hacer nada. Si no fuera por su mujer, el negocio se iría a la ruina sin duda”***.



Los Peares, con el puente del ferrocarril cruzando el Miño

La pareja no tuvo mucha suerte en la pesca en los ríos Miño, Sil y Búbal. Ella recuerda un hermoso día en el Búbal: *“El río fluye por una garganta honda y muy bella, esculpida sobre altozanos bravos casi carentes de vegetación, aunque en las zonas más bajas las cepas le daban color y sombra. Seguimos un camino entre ellas, y los racimos colgaban de las ramas enredadas. Nos acompañó el chico de la casa; don Carlos estaba ocupado con unos visitantes españoles, entre los que se encontraban dos guardias civiles que andaban en busca de unos salteadores de caminos que habían estado atemorizando a la gente del poblado y de los desfiladeros. Entonces supimos que nuestro guía de la noche en que llegamos era uno de los sospechosos, pero los sucesos tenían un color distinto en mi imaginación, y una cosa que entonces podría haberme aterrorizado, ahora tiene un añadido romántico (quizá debería de recordarle al lector que el tiempo sobre el que estoy escribiendo data de hace diez años. Ahora no hay salteadores de caminos en Galicia).*

La garganta del Búbal se hacía más salvaje conforme íbamos avanzando. No había ni rastro de una vereda; no dimos con ninguna choza, ni siquiera nos encontramos con ninguna persona. Trepamos por encima de peñas y pasamos entre matorrales. La belleza de aquel lugar era indescriptible. A orillas del río se amontonaban los cantos rodados. El agua bullía en un torrente espumoso, o se estancaba en un hondo remanso. Las laderas pobladas de árboles eran impenetrables, y había una larga franja de cielo azul sobre los altos cantiles que parecían cortar el paisaje del río. El rumor del agua era incesante, ya que, aparte de la corriente principal, a cada pocos pasos surgían pequeños hilos de agua que goteaban por las rocas abajo como lágrimas de cristal.

Llegamos a una zona que parecía adecuada para pescar con mosca; pero pescar entre aquellas rocas tratando de evitar las ramas parecía demasiado difícil para mí, y enseguida dejé de intentarlo. Me eché en la hierba para hablar con el mozo, que se había hecho gran amigo mío. Siempre me asombró la inteligencia de los mozos españoles pertenecientes a la clase trabajadora del campo. Estos rapaces tienen un ingenio singular innato y carecen de la estupidez y de la apatía que a menudo se asocia con los adolescentes campesinos. Era un

mozo de la más pobre clase campesina —trabajaba de vez en cuando para el señor, nuestro anfitrión— y podía mantener una conversación entretenida con una extranjera que poseía unos conocimientos limitados de su idioma. Además, Pepiño a menudo me leía los pensamientos antes de que hablase. Siempre estaba muy preocupado por mi comodidad. Recuerdo que cogió un haz de musgo seco para hacerme una almohada, y después recogió un haz de campanillas silvestres y me las presentó con una gracia encantadora.

En una ocasión tuve que buscar una palabra española en mi diccionario. Cuando la encontré, Pepiño me preguntó si le podía echar un vistazo al libro. Se lo dejé, y estuvo un buen rato ojeándolo con gran interés. De pronto, dio con una palabra que despertó su indignación ortodoxa. «Cismático» era la palabra que lo aterrizzaba.

— ¡Cismático malo, malo! —murmuró.

Pasó mucho tiempo antes de que recuperase el rostro alegre.

Relato este incidente porque en los años que pasaron desde la primera hasta la más reciente de mis visitas a Galicia, noté un cambio muy marcado en la actitud de la gente hacia la religión.

Después de una hora, mi marido vino junto a mí.

— ¿Cómo te fue la pesca? —le pregunté.

— ¡Muy ruín!

Me enseñó una trucha de buen tamaño y unas pocas más pequeñas.

— El sol calienta demasiado para la pesca. Además, los pescadores furtivos debieron de esquilmar el río.

El mozo confirmó la hipótesis. Nos enseñó una planta parecida a nuestra cicuta, con hojas y flores amarillas. Al machacar unos pocos puñados de esta hierba venenosa y echarlos al agua, las truchas salen a la superficie asfixiadas. El efecto en los peces es el mismo que el de la cal. Pepiño quería hacernos una demostración con la planta en una poza profunda, y no entendió por qué nos negamos. Es difícil hacer que cualquier español aprecie este deporte. Para ellos los peces son comida, y la forma de pescarlos no es más que un detalle sin importancia. Esta destrucción indiscriminada de la vida acuática es en gran parte debida a un rasgo de su carácter: el presente para ellos tiene más importancia que el futuro. Éste es uno de los motivos de su encantadora alegría, pero, como todas las cosas buenas, tiene sus inconvenientes. El español es un niño en el mejor sentido de la palabra.

La abuela materna del autor de estos comentarios nació en 1905 en una pequeña aldea ribereña del río Cabe que se llama O Cotillón. Uno de los abundantes recuerdos que conservo de ella, es el del mayor insulto que podía proferir contra una persona: ¡le llamaba «cismático»!

Éste es el relato de la pesca en el Búbal que figura en el libro de W. Gallichan:

El río bajaba por entre grandes rocas, y formaba un pozo transparente. Pensé que allí había una trucha. Dejé el lance con mosca y puse un pequeño devón dorado, y en sus primeras vueltas vi un brillo amarillo en el agua: una trucha salió corriendo desde debajo de una roca hundida. Me vio, y salió disparada hacia su agujero. Por lo menos he visto una trucha, me dije.

El chico vino junto a mí y me observó con interés. Estaba luchando con una trucha. Mi caña se doblaba con las zambullidas del pez, y vi cómo corría por el fondo. Lo hice volverse y lo metí en la sacadora con la caña baja. Fue la única trucha que cogí durante unas dos horas de cuidadoso lanzado: un pez de menos de un cuarto de kilo. Pasamos al otro lado de la corriente y, antes de regresar, hice

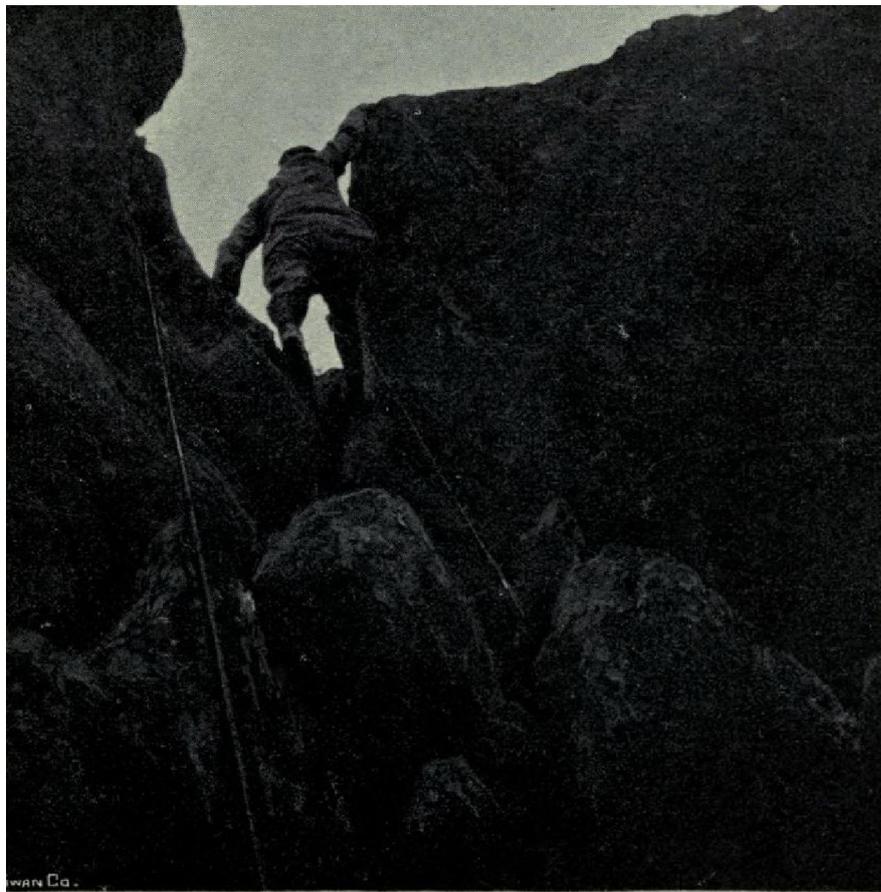
unos lances con mosca en una presa cercana a la casa. Allí enganché algunas pequeños bogas y levanté una trucha”.

Ambos escritores reconocen en sus libros que la suerte como pescadores no les acompañó en su visita a Os Peares, pero, aun así, dice ella:

“Los días que pasamos allí fueron magníficos. Nunca vi un paisaje tan impresionante y hermoso como el de la escarpada garganta del Sil, que continúa varios kilómetros más allá de Os Peares. Si, como creo, los lugares, igual que las personas, tienen un carácter visible —sí, un alma propia—, el alma del Sil tiene un poder asombroso. Nunca había sentido una atracción tan grande por un lugar agreste; una atracción que era mitad terror y mitad fascinación, como la que inspira alguna gente a la que no sabes si la amas o la odias. Nunca llegué a perderle por completo el miedo a este río, con su fuerza brutal y su corriente despiadada e implacable. A mi parecer, el rasgo más destacado de su carácter era la crueldad, un rasgo que en sí mismo es más poderoso que bonito.

Supé de muchas víctimas que murieron en sus aguas. La historia que más me impresionó fue la de una muchacha labradora que, en una fiesta, dejó a su enamorado y prometió ir a la casa de otro hombre. El camino de vuelta cruzaba el río. Hubo un malentendido y los dos hombres salieron al encuentro de la chica. En España el amor no es un juego, sino algo terrible y a menudo un asunto de vida o muerte. No hubo muchas palabras, pero posteriormente encontraron el cuerpo de la moza flotando en el río.

Sí: con frecuencia sentía repulsión al escudriñar las oscuras profundidades del Sil que se arremolinaban entre las barrancas y franjas de cantos rodados. No obstante, su belleza me atraía irresistiblemente.



Subiendo por las rocas del Sil

Merece la pena que W. Gallichan cuente aquí, con sus propias palabras, cómo vio al río Sil:

“Quiero relatar algunas experiencias de nuestro amigo inglés, cuya habilidad pescando al lanzado con el carrete Nottingham y el conocimiento de dónde están los peces grandes le aseguran un deporte excelente en los pozos hondos de este salvaje río. A menudo coge de tres a cuatro truchas en un día, que ocasionalmente llegan a pesar diez kilos. En el Sil ha cogido truchas de cinco kilos, y ha visto una de 15 pescada por un campesino con una fisga en las aguas bajas de un afluente. Esto da idea de las proporciones de las truchas en esos grandes pozos del Miño y del Sil en Os Peares.

Los pescadores locales, que han aprendido pescar al lanzado con bogas, de vez en cuando pierden peces muy grandes. Mi amigo usa una caña de lanzado rígida, una línea de salmón, un bajo de línea fuerte con quitavueeltas y, como cebo, una boga de aproximadamente 10 centímetros. Usa un carrete de madera sin freno, y hace derivar el cebo por donde se frena el agua en el pozo.

Las truchas del Sil luchan como un salmón. Sacan línea del carrete, saltan repetidamente, y a veces tienen mal carácter. Hace falta un carrete con mucha línea, y el material debe ser tan fuerte como el que se usa para las truchas «ferox» en Escocia. Las truchas están maravillosamente formadas y coloreadas. Raras veces son tentadas con cebos artificiales de lanzado. Las bogas parecen ser su comida preferida, y no suelen tomar moscas. Cogí unas pocas truchas con mosca en el afluente, pero en el río principal no me subieron peces, salvo las bogas.

Le pregunté a señor Sastre, nuestro anfitrión, si había visto alguna vez un pescador inglés en el río además del señor L. y nosotros.
— Sí, hace muchos años vinieron dos caballeros ingleses, y montaron una tienda en el río.

El *Nottingham* era un carrete de madera que se usaba a principios del siglo XX en Inglaterra. Al no tener freno, se dejaba derivar la línea con el aparejo o cebo mientras la bobina giraba libremente soltando hilo. Cuando había una picada, se clavaba al pez y se recogía la línea con el carrete.

Hoy se usa un carrete semejante pero con materiales y perfil modernos para pescar tanto con cebos naturales como con ninfas artificiales las truchas arcoiris migratorias —*steelhead*— en los Estados Unidos. A esta técnica la llaman *Center Pin fishing*, de la misma forma que en aquella época le llamaban al uso de aquellos carretes «pesca al estilo Nottingham», o *Nottingham fishing*.

Continúa contando W. Gallichan en su libro:

“Con el chico como guía, fuimos al río principal a pescar truchas al lanzado. Nuestro ghillie² iba provisto de varias bogas como cebo. Subimos arriba y abajo a lo largo de un camino estrecho y pedregoso por el amplio río espumeante. Las

² *Ghillie*.- Así se les llama en Inglaterra a los guís de pesca. (N. del T.).

víboras corrían a esconderse cuando nos acercábamos. Cada nueva curva del río parecía abrirse a una perspectiva más salvaje. El rugido del agua en algunas cascadas era casi ensordecedor. Nuestro chaval nos enseñó el camino saltando con agilidad de roca en roca. Alcanzamos un pináculo y miramos fijamente hacia abajo sobre el poderoso flujo que surgía por entre las rocas. El profundo Sil era casi horrible visto desde arriba, arremolinado bajo los riscos y en los bancos de cantos rodados.

Después de una agradable comida a la sombra, empezamos a lanzar. El chico dijo que el señor L. había cogido una trucha de dos kilos y medio en aquel profundo pozo pocos días antes de que llegáramos. Esperábamos tener la misma suerte, pero lamentablemente no se realizó nuestro deseo. Cacheamos pozo tras pozo, y perdimos dos aparejos en las rocas. Clavé una trucha que salió de debajo de una roca, arrancó el cebo y luego escapó. El pez que vimos podría pesar un kilo”.

El marido nos cuenta a continuación la misma anécdota del chico con la palabra «cismático»; pero no es su esposa, sino él quien coge el diccionario para buscar una palabra, y la acción no sucede en las riberas del Búbal, sino en las del Sil.

Los sábalos parecen ser una obsesión para él, pues una y otra vez habla de ellos:

“Los sábalos suben por el Sil y desovan en las partes altas del río. Los pescan con red en algunos pozos, y en ciertas partes con grandes redes. Sin duda algunos salmones alcanzan Os Peares, pero la sobrepesca con red en el estuario y, de hecho, en todo el recorrido del Miño y del Sil, arruina la pesca del salmón con caña. Por lo que dicen, el Miño es un río salmonero muy productivo, pero hoy día muy pocos salmones escapan a las redes que ponen en Caminha y Tuy.

¡Qué un magnífico río salmonero podría ser aún! Un agua que puede producir truchas de hasta 15 kilos de peso, debería ser capaz de proporcionar poderosos salmones. Como los sábalos, llegan en grandes números, como mostraré en otro capítulo.

No vimos en España nada tan magnífico como este solitario y áspero desfiladero del Sil en Os Peares. Es un escenario de gran belleza y majestad, mezcladas con algo de terrorífico. El rugido del río es cruel en su fuerza, feroz y despiadado en su salvaje flujo. Se ha cobrado muchas víctimas, y quedó mucho tiempo en nuestros oídos el ruido de sus agitadas aguas. Mi esposa estuvo atormentada con los trágicos sueños que le inspiraba el miedo a una inundación.

Está muy claro que ambos quedaron muy impresionados ante el poderío del río Sil. Curiosamente, apenas se meten a pescar Miño arriba. Lo hacen en la zona de la estación de Os Peares, pero con mosca sólo sacaban bogas.

La escritora sigue describiendo el Sil:

“Algunas de los pozos llegan a los quince metros de profundidad. Hay pocos lugares por donde vadear el río. La mejor forma de pescar es lanzando la línea con un cebo vivo desde

las grandes rocas (...) Queda claro que los pozos del Sil tienen truchas tan grandes como las de cualquier otro río de Europa...”.

Relata a continuación una romería a la que fueron invitados. Ésta tuvo lugar en una pequeña capilla cercana al monasterio de San Esteban. Salieron de Os Peares aún de noche, y pasaron media mañana subiendo por un empinado y estrecho camino, cruzando pequeños regatos. La pareja inglesa no deja de sorprenderse ante la magnificencia del paisaje:

“La montaña de San Esteban fue un lugar sagrado en la baja Edad Media, y en los retorcidos caminos que suben por la ladera hacia la cumbre aún se divisa algún oratorio abandonado, o cuevas en las que en algún tiempo vivió algún piadoso eremita.

Aquellos que gocen de una sensibilidad especial para este tipo de lugares, encontrarán un ambiente notable en estos sitios abrigados que el tiempo no puede destruir. Es fácil creer que los hombres que dejaban el mundo para vivir en estos hogares silenciosos y exquisitos tenían como único motivo, como algunos ignorantes creen, la salvación de su alma o la expiación de sus pecados; pero eran artistas, poetas y amantes de la Naturaleza —del agua pura, de los pájaros, los árboles y las flores—. Llegué a entender por qué en otro tiempo hubo en el recinto de San Esteban una floreciente escuela de arte donde muchos hombres se preparaban para ser pintores y escultores”.

La romería estuvo muy concurrida, y C. Gascquoine no perdió detalle de las gentes que asistían a ella:

“Estos campesinos habían venido de todas las aldeas y caseríos de los alrededores: la mayoría de ellos tuvieron que andar muchos kilómetros porque era su deber. Todos estaban alegres y de buen talante; aceptaban la incomodidad del calor y la espera, así como aceptaban la pobreza y el trabajo. La alegría era su fuerza, pero también había algo de lamentable”.

“La tarde la dedicaron a bailar, a cantar y a tocar música. Al ver a la gente unida en buena amistad y con aquella alegría infatigable, me pareció que aquella era otra prueba del perfecto entendimiento de las necesidades de la Humanidad, que hace de la religión en España una cosa tan distinta de lo que es en los países protestantes”.

EL BRAVO SIL Y LA ALDEA DE MATARROSA

La pareja abandona Os Peares unos días después, «con mucho pesar». El marido quería pescar en el alto Sil, y les habían dicho que Ponferrada, la primera ciudad más allá de Galicia en el reino de León, sería un buen destino, pues allí había una asociación de pesca formada por pescadores locales.

Viajaron en un coche de segunda clase del tren-correo:

“Nuestros acompañantes eran menos interesantes que los labriegos con los que habíamos viajado en tercera clase en anteriores ocasiones. Sin embargo, el paisaje siempre cambiante e insuperable del bravo Sil nos ofreció una buena distracción. El tren penetra en la garganta del Cabe por medio de una sucesión de túneles, y después entra en el valle de Lemos hasta llegar a la villa de Monforte”.

Ahora sí que menciona correctamente la situación del río Cabe. Sin duda les habrá parecido lo mismo que nos parece hoy día cuando lo vemos desde la ventanilla de un tren: un río enormemente agreste y en apariencia impescable. Sin embargo, algunos pescadores con caña audaces lo pescaron durante muchos años —incluido quien esto escribe—, y aún se lo sigue

pescando. Las riberas del Cabe en esta zona no les envidian nada a las del Sil en su dificultad para transitarlas.

Por su fisonomía, la villa de Monforte se les parece más a una ciudad de Castilla que de Galicia.

Aunque afirma que del trayecto de Monforte a Ponferrada no recuerda nada porque posiblemente se durmió durante el viaje, el paisaje que observó desde la fonda de Ponferrada al amanecer, con las cumbres nevadas de los montes que la rodean, teñidos de colores verdes, rosa y dorado pálido, nunca se le olvidó. Nos dice que Ponferrada «tiene poco que ofrecerle al turista», pero menciona sus calles antiguas y estrechas y las ruinas de su castillo de los caballeros templarios del siglo XII. Como experta en arte español, valora la iglesia gótica de Santa María de la Encina con su figura tallada de la Magdalena, obra del escultor gallego Gregorio Hernández.

También W. Gallichan se queda maravillado ante el paisaje que ve desde la fonda de Ponferrada, y lo describe en su libro con unas palabras no muy diferentes de las de su mujer, que nos dice en el suyo:

“Ponferrada le ofrece muchos atractivos al pescador. Los miembros de la asociación local de pesca utilizan la caña y no escatiman esfuerzos para acabar con la pesca furtiva. También aborrecen el uso de la dinamita.

En la misma ciudad se pueden comprar moscas artificiales hechas por el señor Gancedo, pescador profesional y artesano especializado en aparejos de pesca.

Con tiempo adecuado y en la temporada apropiada, no hay ninguna duda de que el Sil, en esta parte de su curso, es un buen río para los pescadores deportivos. Incluso en junio —unas fechas demasiado tardías para la pesca en Galicia— y bajo un sol abrasador que, al reflejarse en el agua, causaba unos destellos tan tremendos que resultaba difícil hacer volar la mosca sin asustar a los peces, gozamos de buena pesca”.

Según dice W. Gallichan en su libro, *“Las moscas de Gancedo son sobrias, con grandes hackles. El gut es grueso y las moscas bastas, pero cogen peces en el Sil, como demostraré pronto. La perspectiva es totalmente esperanzadora en Ponferrada, y confío en que los pescadores ingleses no se olviden de contribuir a la asociación”.*

Después de mi visita, recibí una carta de un pescador local que decía que había pescado con mosca en primavera de 1903 muchas truchas, algunas de más de tres kilos”.

Continúa la escritora:

“Un día fuimos a Toral de los Vados, una aldea situada a varios kilómetros al oeste de Ponferrada, en la margen derecha del río Sil, donde un afluente se une a este río. La experiencia fue muy poco destacada en este lugar con un nombre tan atractivo para un pescador³; sólo cogimos unas pocas truchitas. El calor era tan intenso, que pasamos la mayor parte del tiempo refugiados bajo la sombra de una arboleda al pie del río. Tuvimos que marcharnos a las cuatro, antes de la llegada del atardecer, para coger el tren de vuelta a Ponferrada”.

³ La autora traduce el nombre de Toral de los Vados al inglés como *The chief of the Fords*, que en una traducción un tanto libre podría ser «El principal de los Vados», por lo que le parece un bonito nombre para un pescador. (N. del T.).

Muy probablemente pescaron en el río Burbia, y no a la mejor hora. En el libro de su marido dice que vieron a dos hombres «fabricando trampas para peces con piedras»; quizá estarían desviando el cauce del río para secar una zona.

Cuenta C. Gasquoine que en el trayecto de vuelta viajaron con un gran grupo de segadores gallegos «que regresaban a sus casas después de una temporada de trabajo en los campos de León». Eran hombres muy curtidos y, según ella, seguramente eran personas encantadoras. Lo curioso es que dice que los vio durante el trayecto de Toral de los Vados hacia Ponferrada; pero si ellos regresaban a sus casas, lo lógico sería que los hubiera visto en el trayecto de Ponferrada a Toral, por lo que probablemente los vio en el trayecto de ida y no en el de vuelta.

En los años veinte del pasado siglo, mi abuelo paterno fue también uno de aquellos hombres —su especialidad era hacer haces con el trigo, o sea, era *fateiro*— que iban de Galicia hacia León y Valladolid para la siega.

A continuación nos dice que:

“Nos hicimos amigos del registrador de la ciudad, y también del alcalde de un lugar en las montañas, a unos cuarenta kilómetros de Ponferrada. Nos dijo que si fuésemos hasta su tierra, «cogeríamos abundantes truchas». El Sil estaba lleno de ellas, y la gente del lugar se ganaba la vida cogiendo peces y vendiéndolos en la ciudad.

— ¿Usan redes? —preguntó mi marido.

— Pocas veces —respondió el alcalde—. Tienen cañas como las suyas.

Este fue el comentario que nos llevó a la aldea de Matarrosa. Atraído por aquella promesa, mi marido salió a informarse. Volvió desanimado. Era una región salvaje; no deberíamos de emprender el camino sin un guía. Él estaba dispuesto a abandonar la iniciativa: con toda probabilidad descubriríamos que el relato del alcalde era exagerado; seguramente el río estaría esquilado por el furtivismo y, además, la pesca era imposible bajo aquel sol abrasador. Pero yo, una fanática de las experiencias, pensé que no podíamos desistir. Quería salir de las grandes ciudades y dirigirme a aquella desconocida, y ahora deseada, aldea.

Nuestro amigo el registrador nos echó una mano. Volvió a la posada esa tarde, y dijo:

— Señor, hoy vi a un mozo que habla inglés y sabe mucho de pesca. Se llama Ángel Gancedo, el hijo de Gancedo el pescador. Es camarero en el casino del que soy miembro. Hablé con él. Está dispuesto a acompañarles a Matarrosa. Conoce muy bien las montañas, es un buen pescador y está perfectamente cualificado para ser su guía”.

El registrador les presentó a Ángel Gancedo, que les cayó bien a primera vista. Después de una breve conversación en inglés con W. Gallichan, que supo que Ángel había sido criado de una familia inglesa en Ribadavia —la señora le enseñó el idioma—, y también que llevaba toda su vida pescando, la pareja quedó satisfecha y «Ángel ascendió a una posición de categoría, pues incluso en ciudades mucho más grandes que Ponferrada había muy poca gente que tuviese algún conocimiento de la lengua inglesa».

Antes de salir del casino acordaron todos los preparativos, y al día siguiente saldrían en una diligencia hacia Matarrosa. Le pidieron a Ángel Gancedo que fuera puntual.

— Señor, un español nunca llega tarde a ninguna cita —fue su respuesta.

A la mañana siguiente, Ángel llegó a la posada alrededor de las nueve de la mañana, aunque la diligencia no saldría hasta la una de la tarde. No trajo más equipaje que su caña —una inmensa caña de bambú de seis metros de larga, con puntera de vara de avellano— y una pequeña caja de hojalata que nos enseñó con orgullo. Contenía moscas vivas que, según él, eran una carnada infalible”.

Aunque el traductor gallego nos dice que el contenido de la caja eran «moscas», en el original de C. Gasquoine está la palabra *stoneflies*, o sea, «moscas de la piedra»; un pérlido probablemente de la especie *Perla cephalotes*. Estas grandes moscas eran usadas en muchos ríos españoles como cebo vivo desde tiempos muy antiguos.

W. Gallichan dice en su libro que, durante la espera por la diligencia, Ángel Gancedo los llevó a su casa y les presentó a su mujer y a su hijo. Hace unos veinte años, existía en Ponferrada una tienda de pesca que estaba muy bien surtida y se llamaba *Deportes Gancedo*. Su dueño tendría entonces más de sesenta años. En ella, el autor de estos comentarios compraba algunas moscas y materiales de montaje. ¿Sería el propietario de aquella tienda descendiente de aquel Ángel Gancedo? Me parece probable.

Antes de partir para Matarrosa, W. Gallichan tiene ocasión de pescar en el Sil en las inmediaciones de Ponferrada. En su libro nos cuenta:

"Había dos hoteles en Ponferrada. Escogimos el de la plaza, y pagamos 5 pesetas por día; un precio moderado. El tiempo no era nada favorable, pero al día siguiente a nuestra llegada contraté a un asistente para llevar la bolsa, las botas y los vadeadores, y empecé a las diez de la mañana a pescar en el Sil. Antonio, mi compañero, era un chaval de buen humor, atento, con alegres ojos azules.

Un joven compinche se unió a Antonio antes de que saliéramos de la ciudad. El día era ardiente y estaba como muerto. No se veían ondas sobre los fondos de color verde claro. Di varias pasadas con mosca. Llegamos a unas aguas bajas con bastante corriente como para pescar con mosca ahogada; vadeé y empecé a lanzar. Durante media hora pesqué sin que me subiera una sola trucha. En el desfiladero, media milla río arriba, tuve más éxito: me subieron varios peces y cogí un puñado de ellos.

Cuando las moscas naturales desaparecían, las truchas dejaban de cebarse. Antonio dijo que en el fondo había una trucha como su antebrazo. Puse un devón y traté de lanzar cerca de la orilla rocosa. No conseguí tentar al pez, y me puse a lanzar con mosca de nuevo, acercándome a unas aguas rápidas. Allí cogí una trucha de aproximadamente un cuarto de kilo, y me subió algún otro pez por aquí y por allá.

Durante un día aburrido pensé que un pozo podría tener alguna trucha buena. Vi varios peces grandes cerca de la superficie, pero el brillo era tan intenso que uno no podía lanzar sin espantarlos. Subió uno de un kilo y medio en los rápidos, y vi bastantes subidas como para convencerme de que hay un buen número de truchas de esa longitud.

El amigo de Antonio se marchó a mediodía, después de compartir con nosotros la bolsa del almuerzo.

Mi guía era una joya. Era inexperto en la pesca, pero sabía instintivamente lo que querían de él, y parecía entender de inmediato las preguntas que le hacía en mi imperfecto español. Me dijo que en la zona vivían osos, lobos, gatos monteses y zorros, y me habló de una laguna que había a varias millas de Ponferrada: estaba llena de anguilas pero no había ningún otro pez.

Quedé muy impresionado por la inteligencia de la clase trabajadora española. Esta gente tiene un raro e innato ingenio, y carece de la estupidez o apatía que habitualmente se asocia con los términos «rústico» o «bucólico».

C. Gasquoine cuenta que, en en la posada de Ponferrada, el día que salieron para Matarrosa tuvo una comida que nunca olvidó: le pusieron ancas de rana.

“Debo hacer una confesión: sabían extraordinariamente bien pero no tenía ni idea de lo que eran. Tan pronto lo supe, no fui capaz ni de tocarlas; así de absurda es la tiranía que ejerce la imaginación”.

Sobre las ranas, su marido cuenta lo siguiente:

“Los pantanos y charcas de la vecindad de los ríos están invadidos de brillantes ranas verdes. Son más grandes que nuestras ranas inglesas, y pasan la mayor parte del tiempo en el agua. Por la noche se puede oír su característico croar a más de un kilómetro de distancia. Es un estruendo monótono y constante, y uno apenas puede creer que sea el sonido emitido por las ranas. Las ancas de estas ranas verdes son un plato delicado en algunas partes de España. Las cocinan rebozadas, y son una comida corriente en algunas fondas. Comimos estas golosinas en uno de los almuerzos en León, y quedamos perplejos ante aquel plato. Aquellas tiernas patas se parecían a las de algunos pájaros, estorninos o collalbas; inunca habíamos probado las ancas de rana! «Cuando la ignorancia es felicidad, es una locura ser sabio»”.

La diligencia les pareció «algo semejante a la carreta de un arriero, un carromato antediluviano y una caravana zíngara», con cuatro parejas de secas mulas y flacos caballos. El cochero trataba a los animales a latigazos; les dio tantos, que la inglesa protestó y le llamó la atención. El cochero se echó a reír, pero en el resto del trayecto contuvo su látigo.

Cambiaron de animales de tiro a mitad de camino, y un nuevo cochero, más joven que el anterior, trató de impresionar a los visitantes con su pericia de conductor y *apretando* a las parejas de mulas. La zona estaba escasamente poblada.

“Pasamos por una única aldea, un lugar primitivo en la ribera rocosa del Sil con pequeñas casas de barro, labriegos pintorescos y un aspecto de gran pobreza. Nos detuvimos allí unos minutos y aproveché ese tiempo para entrar en una de aquellas chozas. Carecía de ventanas y la única luz que entraba allí procedía de la puerta abierta. Se veía un hogar de piedras sin labrar a un lado y un agujero en el techo para que saliese el humo. Las paredes tenían ese color rojo y marrón que se puede ver en los cuadros de los pintores españoles. Había dos mujeres en el cuarto: una concinaba y la otra estaba sentada cosiendo. Ambas eran corpulentas, con rostros recios e inteligentes. No tuve tiempo para hablar con ellas”.

Al llegar a Matarrosa, completamente molidos, les presentan a los dueños de una muy humilde taberna. El señor Pérez, *“vestido con una camisa azul y boina, calcetines de lana y alpargatas amarillas, era un hombre fuerte y moreno, con una cara divertida que se parecía al retrato de Sancho Panza. Su esposa era la característica mujer española: jamona⁴ o corpulenta, pero con una agilidad sorprendente y casi tan alta como su marido. Llevaba a*

⁴ En castellano, en el original. (N. del T.).

un crío ceñido a su cuerpo con un mantón, y gastaba una saya verde con muchos dobleces, un corpiño alegre y un paño rosa sobre la cabeza. El señor Pérez nos llevó a su bodega, donde saciamos la sed con vino blanco sacado de una enorme cuba. Ángel llegó a un acuerdo con el hospedero para que pagásemos cuatro pesetas por cada día de estancia”.

Ángel Gancedo habló con las gentes de la aldea para asegurarse de que los recibirían bien, pues nunca habían recibido la visita de extranjeros ingleses. Cuando se aseguró de esto, se tranquilizó y les dijo:

— *Todo va bien; es buena gente.*

Y añadió:

— *Hablé con un pescador. Dijo que cogemos truchas esta noche. Aún hay dos horas de luz. Señor, ¿está preparado?*

En una mano llevaba la caña, y en la otra la preciada caja de moscas de la piedra. La abrió.

— *¡Demonios! ¡Están todas muertas!*

La escritora no pensaba en pescar, sino en que tenía un hambre feroz y no había perspectivas para cenar pronto. Empezó a echar de menos las ancas de rana que había rechazado en Ponferrada. Mientras se entretenía hablando con la tabernera, su marido y Ángel bajaron al río, que era lo que querían.



Una venta española, del lado de la taberna, con la anfitriona, su hija y el hijo mayor en la puerta

No encontró mucha limpieza en aquella fonda, y fue a inspeccionar el dormitorio con miedo, pero la habitación que les asignaron estaba limpia y era acogedora: *“Aprovecho para decir que nunca dimos con la roña que esperábamos encontrar en las posadas de aldea”*.

Las camas estaban colocadas en nichos contra las paredes, y enseguida se dio cuenta de que los venteros pretendían que Ángel compartiera la habitación con ellos. Después de hablar con la dueña se deshizo el malentendido: habían tomado al joven pescador por su criado, y les parecía normal que compartiera su habitación.

C. Gasquoine salió a dar una vuelta, y fue caminando hasta un hondo remanso del Sil que estaba frente a la venta. Se detuvo en un puente de madera tendido sobre el agua. Se olvidó del hambre; lo olvidó todo menos la belleza que veía.

“Cuando volví al camino me encontré con unos veinte labriegos —mujeres, hombres y críos que se juntaron para verme—. Les hablé pero no me entendieron. No obstante, sonrieron y se echaron a reír: yo era la primera mujer inglesa que veían. Me pregunté si estarían tan interesados en mí como yo en ellos. Me fijé en un chaval que sostenía una caña de bambú: ¿sería también un pescador?

Antes de llegar a la posada, Ángel y mi marido se me unieron. Éste estaba radiante.

— El río está lleno de truchas —dijo mientras me mostraba las capturas.

Ángel estaba triste porque no había cogido nada. Esto se debía a la muerte de sus moscas de la piedra. Puedo decir que la fe que tenía en su cebo era maravillosa, una auténtica fe ciega. Se negaba a utilizar cualquier otra carnada aunque, a juzgar por los resultados, a las truchas del Sil no les gustaban sus plecópteros. Ángel invertía más tiempo recogiendo el cebo que pescando. Si tenía moscas de la piedra, era feliz; si le faltaban, era desgraciado. Era un encantador niño con cuerpo de hombre.

— ¿Está preparada la cena? —preguntó mi marido—. Estoy hambriento.

— No sé. Les vi matar una gallina...

Se echó a reír.

— Eso quiere decir que habrá que esperar. Será mejor que fumemos.

Fue el hambre que pasamos tan a menudo durante estas vacaciones lo que me llevó a coger el hábito de fumar”.

Por fin cenaron, y esta vez cenaron bien. Compartieron la mesa *“con el dueño de la casa, dos viajeros labriegos —uno de ellos pastor, a juzgar por su vestuario— y un grupo de arrieros que se dirigía a las montañas y que pasarían la noche con los animales. Eran hombres con aspecto rudo, pero todos pintorescos y con buenos modales.*

Durante la cena entró un labriego, un hombre alto con una cara ajada, sobre la que le colgaban mechones cenicientos como los hongos cuelgan de un árbol muerto. Me gustó su rostro. Creo que fue la sencillez de sus ojos, pues la sencillez es la única cosa del mundo que sigue siendo impresionante.

— Que tengan buen provecho, señores míos —dijo mientras cruzaba el umbral.

Se sentó a nuestro lado y empezó a hacerle preguntas a Ángel. El viejo labriego era el jefe de los pescadores locales y se dedicaba a hacer moscas. Después de la cena nos enseñó las suyas, grandes, con cuerpos de hilo sobre grandes anzuelos. Le echó un vistazo a las nuestras. ¡Santa María!: eran muy hermosas, pero ¿cómo podíamos coger truchas grandes con aquellos anzuelos pequeñitos? Y nuestras cañas, tan cortas y delgadas, parecían juguetes para los niños. Ahora bien, nosotros pescábamos por deporte. Él ya había oído decir que los ingleses eran una gente extraña. Señaló con su mano ganchuda hacia la puerta, donde su bambú de seis metros descansaba contra el balcón. Aquella era la caña adecuada para las truchas del Sil.

Entraron más pescadores que se unieron a nosotros. Nos suministraron información con una inteligencia y una cortesía encantadoras, pero nuestros aparejos de pesca les llamaron la atención a todos ellos. Experimentamos la sensación de los críos cuando ven cómo los mozos rechazan sus preciados juguetes. Nos dijeron cuáles eran los mejores tramos de río, y descubrimos que estos pescadores ribereños no acudían a los remansos salvo cuando el río iba lleno, y sólo pescaban en los rápidos. Nos hablaron de buenas truchas de medio kilo y más grandes”.

Para W. Gallichan, el encuentro con el «jefe de los pescadores locales» no sucede durante la cena, sino cuando, procedentes del río, llegan a la fonda. Dice en su libro:

“Comparadas con las enormes moscas que usaban en León, las mías eran realmente pequeñas, aunque en el Derbyshire y en el Yorkshire las consideraran grandes. El señor me devolvió mi caja de moscas con una reverencia y siguió por su camino”.

Ya en el capítulo donde nos habla de sus días de pesca en León, a orillas del río Porma en Boñar, nos dice que *“Para este río, como para otras aguas en España, la mosca debería ser francamente grande. Maté más truchas usando moscas sobrecoloreadas, que con colores pardo oliváceos. El pescador debe llevar con él una buena reserva de moscas, porque la mayoría de las que se venden en España son de manufactura francesa y están mal montadas. Madrid y Bilbao son las únicas ciudades donde encontré tiendas de material de pesca con mosca, y a menudo me preguntaron por los precios de las cañas inglesas y la dirección de los montadores”.*

Sobre el material que usa Ángel Gancedo, W. Gallichan también dice que *“tiene una caña de bambú de 6 metros con una cuerda del largo de la caña y un bajo de línea de «gut⁵» lo bastante grueso como para levantar un salmón de diez kilos”.*

Volvemos al relato de C. Gasquoiné. Al día siguiente, aunque a las siete y media de la mañana el sol ya brillaba por encima de los montes y el día no se anunciaba muy bueno para pescar, bajaron al río. Se cruzaron con una pareja de la Guardia Civil, fusil bajo el brazo, que habían pasado la noche vigilando los montes. Los ingleses piensan que habrán estado persiguiendo a bandidos o contrabandistas. Los guardias, que ya tenían noticias de su presencia, los saludan muy cortésmente:

— *Buenos días, señor. Esperamos que usted y la señora hayan descansado bien.*

— *Sí, muchas gracias —respondió mi marido—. Hace mucho calor.*

— *Claro que lo hace. Marchen con Dios.*

Los dos hombres siguieron andando por el camino, con el sol reluciendo en los tricornos y en los cañones de sus fusiles.

Se pusieron a pescar:

“Cogí una trucha en medio de una corriente salvaje. Dos campesinos miraban mientras yo la metía en la sacadora.

⁵ El gut era tripa de gusano de seda estirada. Fue el bajo de línea habitual a finales del siglo XIX y principios del XX; posterior a la crin de caballo y anterior al nylon. (N. del T.).

— ¡Bravo, bravo, señora! —exclamó uno de ellos, un mozo bien parecido con un pelo rubio poco común.

Ambos me aplaudieron, se quitaron el sombrero y me hicieron una airosa reverencia. Fue encantador; nunca antes me había sentido tan feliz por coger una trucha.

Mientras tanto, mi marido cogió varias truchas pequeñas y una de trescientos cincuenta gramos, y un buen ejemplar le rompió el bajo de línea. Los peces picaban bien, pero el reflejo del sol en el agua cristalina era tan fuerte que resultaba difícil lanzar sin asustarlos”.

Esta dificultad del reflejo de la luz solar sobre el agua la tuvieron muchas veces y en diferentes ríos, pues en general las aguas estaban muy limpias.

Una anécdota bastante parecida a la que le sucedió a la escritora con los dos labriegos espectadores, le sucedió al autor de estos comentarios hace unos años en el río Lepena, un torrente de montaña que baja de los Alpes Julianos en Eslovenia. El pequeño río estaba bien poblado de truchas arcoiris (frecuentes en muchos ríos eslovenos) y algunas marmoratas, variedad de trucha autóctona. Remontaba el río posando un tricóptero en los remansos y pequeñas pozas, y llegué a un pequeño puente de madera bajo en cual vi varias truchas de muy buen tamaño. Oculto tras una roca, lancé y clavé una de ellas, intentando sacarla sin espantar a las otras, cosa que conseguí. Hice un nuevo lance, y subió otra trucha. Ésta era más grande; peleó más, y sus congéneres desaparecieron bajo las piedras, pero conseguí meterla en la sacadora. Hecho esto, escuché unos aplausos que venían de un camino que había a la izquierda del puente. Al levantar la vista descubrí un grupo de senderistas, hombres y mujeres ya de cierta edad, que continuaban aplaudiéndome mientras sonreían. Dejando a la trucha dentro de la sacadora me erguí, y, con la mano derecha, me quité el sombrero mientras les hacía una reverencia. Fue un momento muy grato tanto para los caminantes como para mí.

Volvamos al relato de la escritora inglesa. El asfixiante calor los obliga a volver a la pensión para dormir una siesta y esperar que el sol baje. Nos comenta una vez más la sorpresa de lugareños y viajantes cuando les dicen que pescan por deporte. Oyen algunos comentarios sobre «los ingleses» que Ángel Gancedo se niega a traducir. Más tarde vuelven al río:

“Al atardecer se enturbió el cielo. Amenazaba lluvia, pero las rachas de aire caliente bajaban por el valle y levantaban el polvo del camino. Al probar con pececillos como cebo, mi marido cogió varias truchas buenas y picaron muchas más. Yo no tenía ganas de pescar, y me quedé sentada observando a Estanislao, un muchacho que nos acompañó hasta el río. Era nieto del viejo pescador con el que hablamos la noche anterior, y se crió en una familia de pescadores. No estoy segura de si había asistido o seguía asistiendo a una escuela en un pueblo cercano. Yo lo entendía y podía hablar con él, pero en esta ocasión el chico quería pescar.

Era un buen pescador. Se ponía de pie sobre una gran roca con aquel inmenso bambú que parecía demasiado grande para él. Desde allí lanzaba produciendo un sonido como de silbido que cruzaba el río, y después dejaba que media docena de moscas flotasen en el agua brava. Cada vez que lanzaba, yo creía que el peso de la caña lo iba a precipitar en la corriente arremolinada, pero él cogió más peces que nosotros. Cuando lo veía sacarlos del agua no me sorprendía: ¡me quedaba atontada!

Le pedí que me permitiera hacerle una fotografía y lo saqué mientras lanzaba la línea en el remanso que había cerca del puente.

Después le ofrecí como regalo dos o tres moscas Orange dun, y le conté que una de ellas había cogido una buena trucha aquella mañana. Al igual que su abuelo, las vio y sonrió.

— ¡Muchas gracias! Son muy bonitas, pero, ¿cómo voy a pescar truchas con esos anzuelos tan pequeños?

Se rió a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas, pero en un instante recordó los buenos modales que les enseñan a todos los niños en España, y añadió:

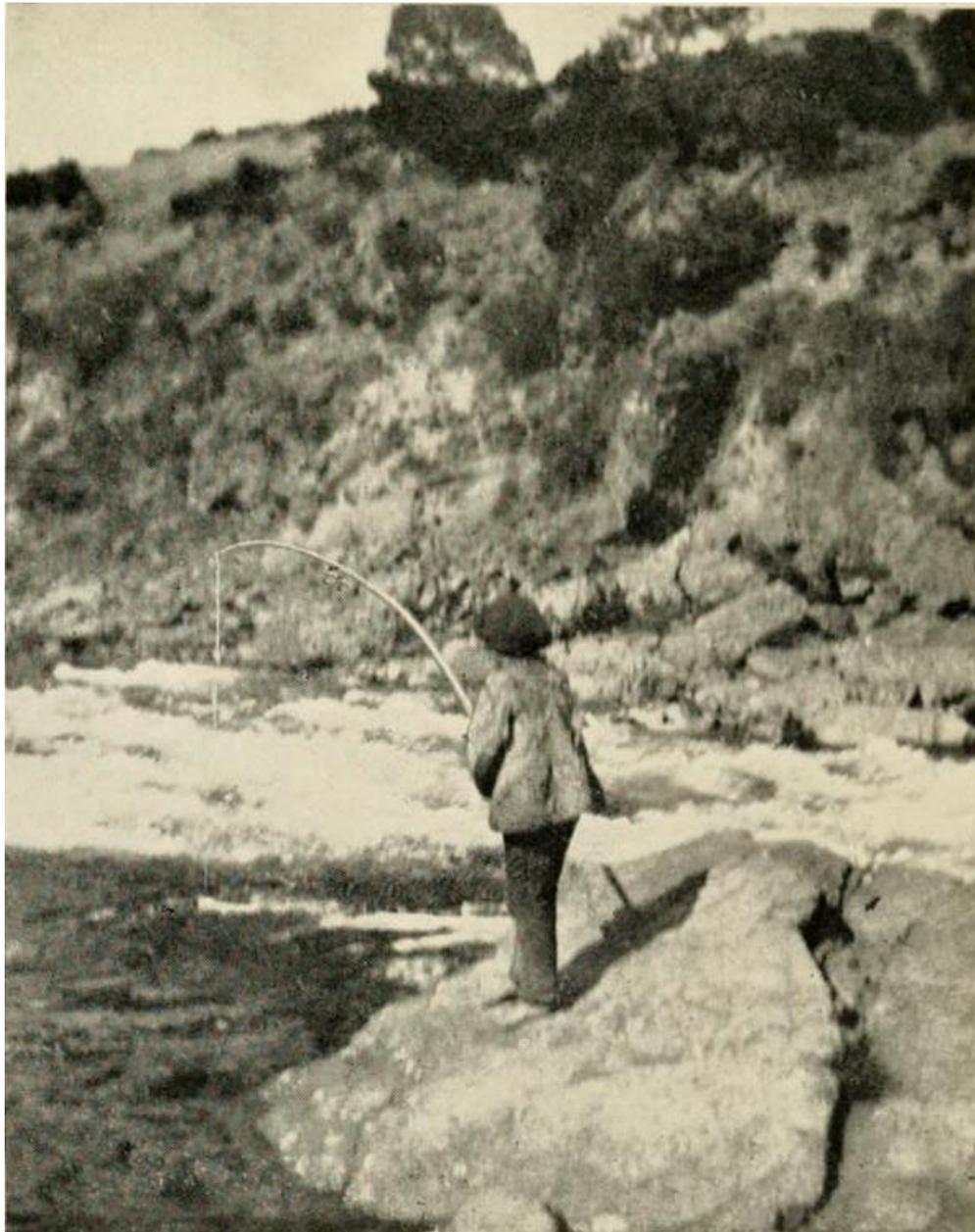
— ¡Mil gracias, señora! Es favor que usted me hace⁶. Las guardaré como juguetes.

Fue muy humillante. Semejantes experiencias se sucedieron durante los días que pasamos en Matarrosa. Aquí, por primera vez en España, tuvimos que admitir que los pescadores ribereños nos superaban. Casi todas las noches traían buenas cestas de peces de un cuarto de kilo o medio kilo, a veces incluso más grandes. Rara era la vez que el viejo pescador y su hijo volvían con menos de tres kilos de truchas, incluso en los días más soleados, y sus capturas eran mucho mayores en condiciones climáticas favorables, si bien es cierto que tenían el tino de empezar a pescar a las tres de la mañana, cuando nosotros estábamos durmiendo. También contaban con la ventaja de conocer los mejores tramos río arriba y río abajo en muchos kilómetros; pero después de hacer la prueba, mi marido llegó a la conclusión de que las moscas grandes eran las más adecuadas para las truchas de este fértil río.

Después de la lluvia el Sil tomó color y, cuando mi marido probó el cebo vivo por segunda vez, cogió muchas truchas que en el mejor caso llegaron a pesar medio kilo.

Gozamos de buena pesca con mosca en estas aguas, pero cuando el río estaba en óptimas condiciones y empezábamos a conocer los mejores sitios para pescar, tuvimos que irnos porque nuestras vacaciones estaban a punto de terminar”.

⁶ En castellano, en el original. (N. del T.).



Estanislao, el chico pescador de Matarrosa

Tanto W. Gallichan como su mujer describen la forma de pescar del niño Estanislao casi con las mismas palabras, y es una lástima que ninguno de ellos deje dicho qué tipo de línea utilizaba el jovencito. En la foto que le hizo Catherine, se ve una línea muy gruesa y una caña muy potente, pero no sabemos si la línea era de crin de caballo trenzada o de hilo grueso. Hay una diferencia en el relato de ambos: mientras que ella dice que Estanislao utiliza seis moscas, él dice que maneja ¡doce! —*a dozen*—. Gallichan también menciona que Estanislao llevaba al hombro una cesta de pesca sin tapa, pero no se la ve en la fotografía.

Hasta aquí llegan mis comentarios sobre el libro de Catherine Gasquoine Hartley. Es una obra que recomiendo encarecidamente leer en la versión traducida de Xosé María Gómez Clemente al lector interesado en saber cómo éramos los gallegos, nuestro arte y nuestra cultura a principios del siglo XX, y también porque la prosa de C. Gasquoine es muy

agradable de leer. Veamos ahora algunas cosas más que nos cuenta W. Gallichan en su *Fishing and travel in Spain*.

La primera vez que el marido pesca en el Sil, recién llegados a Matarrosa, dice:

"Todavía nos quedaban dos horas de luz del día. Arrancamos hacia río acompañados por el hijo del viejo pescador. La cañada era hermosa en la luz del sol que declinaba. Ángel y el nativo tomaron un lado de la corriente, y nosotros pescamos en la otra orilla.

— ¡Una subida! —dije, al ver revolverse el agua cerca de mi mosca.

— ¡Lo tengo! —gritó mi esposa. Había enganchado una trucha en un salvaje chorro de agua entre las rocas. No había duda de que el pez era bueno porque la pequeña caña de greenheart estaba doblada como una hoz y la línea salía del carrete. Pero el pez y el anzuelo se separaron pronto. No importaba, aquello era un deporte formal.

Aquella tarde, ninguno de nosotros trajo un solo pez a la orilla. Me subieron al menos una docena de peces y piqué algunos de ellos, pero la suerte estaba en contra nuestra. Volvimos a sufrir las bromas del propietario: ¡cuatro cañas y ningún pez!. Debí de murmurar la palabra española equivalente; «zoquetes». Con todo, nosotros estábamos satisfechos porque el río estaba bien poblado de truchas. Pasamos el atardecer hablando con Ángel".

Por la mañana, W. Gallichan hace la siguiente observación, que no figura en el libro de su esposa:

"En un rincón del balcón había un montón de sábanas y mantas. Pérez y su mujer, almas buenas, habían desocupado su dormitorio y habían dormido en el balcón para que los ingleses pudieran tener el mejor apartamento que su posada podía permitirse.

— ¿Qué haremos? —le dije a Ángel—. No es un buen día para pescar.

— Sí —respondió—, es bueno para mi cebo.

— Bueno, veremos...

Me parecía mejor esperar a que el sol estuviera bajo.

— No; es mejor cuando el sol está alto —protestó Ángel.

Salimos al resplandor del día y caminamos a lo largo de la orilla derecha del río. Ángel se quedó en una zona profunda, donde el agua era adecuada para su estilo de pesca. Nosotros continuamos río arriba y llegamos a unas aguas bajas, cortadas por las rocas. Era una buena zona para vadear, y el agua estaba perfecta para la pesca con mosca. Guardamos una pequeña trucha, y otra grande rompió el gut del codal de otra mosca.

En una zona más profunda, donde el agua se arremolinaba contra la orilla, una trucha de trescientos gramos subió a la Orange dun y terminó en la sacadora. Aquella corriente estaba llena de peces. Subían por todas partes, pero el agua era clara y era difícil impedir que nuestra sombra se proyectara en el fondo. No

obstante, la corriente dio dos truchas más y tuvimos algunas subidas. Entonces bajé junto a Ángel para ver lo que hacía. Había hecho subir dos veces a una trucha grande con la mosca de la piedra, pero el pez rechazaba su infalible cebo.

— Hay demasiada luz —dije.

— No; esto es bueno para mi forma de pescar —aseguró Ángel.

Lo dejé con su dapping⁷, encaramado en una roca sobre un pozo de unos tres metros de profundidad. Era un lugar perfecto para una gran trucha, pero con el fulgor solar que había sobre el agua, cualquier pez que estuviera allí podría ver su sombra.

Mi mujer se retiró hacia una zona sombreada. El calor era agotador, y el brillo del agua cansaba nuestra vista. Deseé que lloviera. Habríamos agradecido un poco de clima inglés. No llovió durante al menos una quincena. En Inglaterra, nuestros amigos se quejaban de los incesantes aguaceros y de las bajas temperaturas. «Os envidiamos», nos escribieron. Bueno, la luz del sol era gloriosa y nos calentaba desde el mes de marzo, así que nuestras caras estaban morenas.

Este era un magnífico río, lleno de truchas que podrían subir a las moscas, pero la luz del sol resultó ser un obstáculo serio para divertirse.

Decidimos volver a la posada para echarnos una siesta hasta las seis; a aquella hora el sol se ocultaría tras los picos más altos de las montañas. Ángel no tuvo éxito: sus moscas de la piedra habían sido rechazadas con desdén, y nuestros pequeños hackles fueron más eficaces.”

Cuando vuelven al río después de la siesta, el inglés decide cambiar de técnica:

"El agua ya no era deslumbrante, pues unas crecientes nubes arrojaban sombras sobre el estrecho valle. Me decidí a probar con un pez pequeño en unas aguas rápidas que tenían muchos refugios para las truchas entre las rocas. Con gran placer, clavé una en el primer lance. No me gusta en absoluto pescar truchas con una horrorosa serie de poteras enganchadas a un pez artificial, pero me alegré de que mi señuelo atrajera tan pronto a un pez. Estos remordimientos son lo peor de la pesca con peces artificiales, y creo que las culpables son las poteras. No es infrecuente que se pierda un pez enganchado por la potera de cola.

Seguí pescando al lanzado cerca de la orilla. En ese momento, un grupo de piedras cayeron rodando detrás de mí. Quizá las lanzaron algunas personas malvadas, o las soltaron unas cabras. Cuando repiqueteó una segunda oleada de piedras, bajé la caña, miré hacia el acantilado y amenacé con llamar a la Guardia Civil. No lanzaron más piedras. Prefiero pensar que no me las tiraron unos lugareños. Suelen tener una multitud de cabras que vagan por el desfiladero.

⁷ El *dapping* es una técnica de pesca que consiste en mantener un cebo vivo a flor de agua mientras se sostiene la caña alta. Es muy usada en los lagos escoceses e irlandeses, donde el viento ayuda a arrastrar unas sedas muy ligeras para poner lejos efémeras *danicas* vivas ensartadas en un anzuelo. Ángel hace lo mismo en el Sil con un plecóptero vivo. (N. del T.).

La segunda trucha que picó en el pez artificial, quedó bien enganchada. Era una luchadora obstinada, y el carrete cantó mientras ella huía río abajo entre la espuma. Mirando de reojo a los rápidos, la trabajé para que viniera hacia las aguas más lentas, donde dio un salto. Sus flancos dorados se vieron en el aire por un instante, y vi que era un buen pez. Después de unos minutos de tira y afloja, lo agoté y le metí la sacadora por debajo. Pesó un kilo.

Fallé otra trucha en aquel agua turbulenta, y, aunque estaba seguro de que allí había peces tan grandes como el que había cogido, me fui a una zona de aguas más tranquilas y pesqué con mosca. Me subieron dos o tres peces en medio del río. Cerca del puente revolqué una trucha muy buena, pero se escapó. Cogí y devolví al agua una pequeña. Ya casi estaba oscuro, y como empezaba a caer la lluvia, volví al pueblo.

Reflexionando sobre las aventuras del día, llegué a la conclusión de que los ribereños tenían razón cuando rechazaban nuestras moscas por ser demasiado pequeñas y nuestros hilos demasiado finos. La mayoría de los peces que había clavado y perdido, fue al sentir inmediatamente el anzuelo en aquellas espumeantes y rápidas aguas. A decir verdad, con un gut de buena calidad y demasiado fino es muy fácil perder peces en estos ríos con tanta pendiente. La tensión es enorme cuando una trucha de uno o dos kilos se mete precipitadamente en esas furiosas corrientes y se te descontrola. Necesitas una caña potente, una línea intermedia para pescar en lago, y un anzuelo con un buen arponcillo para luchar en igualdad de condiciones con estos salvajes y fuertes peces. Me gustaría empezar a hacer subir y clavar tantas truchas como los pescadores de Matarrosa usando pequeñas moscas y lances largos.

Los ribereños desprecian los pozos, a no ser que el río vaya tomado, y pescan sólo en las corrientes. En los pozos hice subir y perdí algunas truchas buenas. Clavar aquellas truchas y perderlas me pareció intolerable. Al final, mandé a tomar viento a mis prejuicios, compré unas ocho moscas locales y seguí el ejemplo de los pescadores⁸: usé una caña de dos manos de catorce pies, una línea para pescar grilses⁹, el citado material intermedio y unas enormes moscas. El resultado fue que hice subir menos peces y sólo los asusté en los pozos, pero los que hice subir en los rápidos acabaron invariablemente en la sacadora. La sensación de poder que me dio este pesado material fue notable después de usar una blanda caña de diez pies, una línea ligera y lances suaves. Dejé de temer aquellas terroríficas carreras en los hirvientes rápidos. Dominé con fuerza a una trucha que pronto llegó a la orilla. Después de todo, es insensato perder buenas truchas por ser fanáticamente leal a la tradición que dice que es antideportivo usar un material que no da oportunidades en el combate con el pez.

⁸ En castellano, en el original. (N. del T.).

⁹ Grilse.- Nombre inglés de un pequeño salmón con uno o dos años de mar, llamado aquí *añal*. (N. del T.).

En las aguas ásperas de los ríos principales de la Península, las pequeñas moscas como las que se usan en el Devonshire o el Derbyshire son casi inútiles. Es lógico pensar que una trucha debe estar muy cerca de la superficie, y muy alertada, para que detecte el hackle de una Olive dun en medio de una corriente fuerte. Si ve la mosca y la toma, lo más probable es que se libere, pues además de la fuerza de un pez salvaje en un agua rápida y acostumbrado a luchar con las corrientes, tienes que lidiar con una gran presión sobre el material causada por el empuje de una carrera salvaje. No soy partidario de usar un material que quite una pizca de deporte, pero he comprobado la futilidad de una pesca demasiado fina en ríos tan fuertes como el Asón, el Miño o el Sil, donde es muy probable que tengas que medir tu astucia y la fuerza de tu material con un pez de un kilo y medio o dos kilos en medio de la tremenda fuerza del agua.

Con la caña larga y material pesado, provisto de moscas locales, pude atrapar más truchas, aunque estoy seguro de que podría haber obtenido más subidas en el agua más lenta con la caña ligera, gut fino y moscas pequeñas. Sin embargo, los peces lucharon bastante bien con el material pesado, y a menudo me vi obligado a cederles línea y seguirles la corriente hasta que pude meterlos en la sacadora.

Después de la lluvia, el Sil tomó color y de nuevo probé con el pez artificial. Saqué varias truchas, de medio kilo cada una. Como el color del río se estaba aclarando, tuvimos bastante deporte con la mosca pero los pescadores ribereños nos superaron fácilmente en número de capturas por varias razones: además de tener el buen sentido de empezar hacia las tres de la mañana, mientras estábamos profundamente dormidos, y de tener la ventaja de que conocían los mejores tramos en varios kilómetros, el patrón de sus torpes moscas era el correcto para estas productivas aguas. Por primera vez en España, tuvimos que reconocer que los pescadores locales nos superaban.

Finaliza W. Gallichan su relato de pesca en el Sil con unas palabras muy semejantes a las de su mujer cuando habla de los ribereños:

"Traían todas noches buenas cestas de truchas que iban del cuarto de kilo al medio kilo, y a veces más grandes. Justo cuando empezábamos a conocer el río, tuvimos que seguir adelante, pues habíamos planeado una larga peregrinación. A pesar de todo, estábamos satisfechos con nuestras experiencias en aquella pequeña aldea del alto Sil".

Y añade:

"Aquí el río es, sin duda, muy productivo en truchas. Rara vez el viejo pescador y su hijo volvían con menos de tres kilos de peces en los días más brillantes, y con un clima más favorable solían coger cinco kilos. Las capturas de este peso no son algo fuera de lo común en algunas partes del Reino Unido, pero el pescador de mosca seca que puede igualar estos pesos en los arroyos muy pescados del Derbyshire tiene que ser notablemente experto.

En el Wye, por ejemplo, en el tramo entre Bakewell y Rowsley una cesta de cinco kilos sería considerada como muy extraordinaria. Escribiendo en la «Fishing Gazette» del 29 de agosto de 1903, el señor J. Paul Taylor dice «Se puede tener un buen día ocasional —el mejor de los míos fueron cuatro pares de truchas de entre 200 y 250 gramos cada una—, pero estos días quedan equilibrados por muchos con un promedio de un par o así».

Se considera que media milla del Darenth vale la pena por 25 o 30 libras la temporada. Sin duda sus truchas son grandes, pero las hay mucho más grandes en el Sil, y más peces, y puedes pescar en 80 kilómetros de río durante dos meses por un coste menor que el alquiler de ochocientos metros de un riachuelo de Kentish. Los gastos reales de pesca se limitan a comprar aparejos. El coste de la vida es de aproximadamente 25 chelines por semana, y el resto del gasto son viajes por ferrocarril. Desafortunadamente, uno no puede correr hasta el Sil para un fin de semana. ¿Cuánto valdría el tramo de Matarrosa en Inglaterra? Hay un anuncio en el Field¹⁰ del 5 de marzo de 1904: «Tres kilómetros excelentes para la pesca de la trucha en el Don, 50 libras hasta finales de abril».

Puedes conformarte con un alojamiento incómodo si vas a Matarrosa. La comida es lo mejor que la casa puede proporcionar, y difícilmente está a la altura de una posada en Gran Bretaña. Sin embargo, lo menos que puedo decir es que los garbanzos son muy nutritivos, y si las gallinas son duras siguen siendo aves. Huevos, leche de cabra, pan y vino completan el menú, y no debo olvidar la trucha fría en escabeche.

Le pedí a Pérez que fuera hospitalario con cualquier compatriota nuestro que visitara Matarrosa. Prometió serlo, aunque negó con la cabeza y dijo:

— No creo que llegue ningún inglés.

¿Quién sabe? Tal vez la taberna de Matarrosa pueda convertirse en un hotel de pescadores. En Inglaterra, tenemos una tribu de pescadores nómadas que viajarán a cualquier lugar en busca de truchas.

Durante mi última noche en Matarrosa, sentí el claro temblor de un terremoto que me despertó. En los periódicos del día siguiente leí que se habían notado movimientos sísmicos en varias partes de la Península.

Nos fuimos de la aldea sintiendo la bondad de la gente. Se reunió un grupo para decirnos adiós cuando la diligencia se detuvo en la puerta. Estanislao se quedó encantado con unos céntimos. Bebimos el último vaso de vino tinto, y Ángel sujetó su larga caña a lo largo del techo del vehículo. «¡Adiós, adiós¹¹!». Le hicimos un gesto con la mano al sonriente grupo. Nuestro cochero empezó a despotricar contra los animales y a golpear el estribo con los pies, y nos fuimos por el noble valle del Sil hacia Ponferrada.

¹⁰ El *Field* es una muy antigua revista de caza y pesca inglesa. En ella escribieron, a primeros del siglo XX, todos los grandes de la pesca con mosca: Skues, Halford, etc... (N. del T.).

¹¹ En castellano, en el original. (N. del T.).

Preguntado por un pescador galés sobre si sería oportuna la visita a España de mujeres acompañantes, el escritor le responde:

"Un caballero del País de Gales me escribió para informarse de si podría traer a su hija para un viaje de pesca por España. ¿Era éste un país adecuado para las damas? Me da miedo tal pregunta.

Depende mucho de las damas. En la agitación de los viajes, las experiencias y el deporte, algunas mujeres aguantarán la incomodidad extrema con fortaleza. Una mujer que no pueda aguantar los cambios de clima, los viajes por ferrocarril largos, los viajes apretados en diligencia, el ayuno, las picaduras de mosquito, los alojamientos incómodos y la relación social con trabajadores y arrieros, no disfrutará de una excursión de pesca en las partes más agrestes de España.

Se les puede aconsejar a las pescadoras delicadas y escrupulosas que se queden en un hotel de primera clase en Escocia, donde hay baños calientes, ascensores, camas suaves y buena mesa, y que eviten las posadas ásperas y las dificultades que les esperan en un viaje no convencional por España y Portugal.

Por otra parte, las mujeres que no tienen atados los pies y manos —y hasta la misma alma, como hay algunas— por cien convenciones, tradiciones y prejuicios, y las que tienen buena salud, ganarán en placer y conocimiento del mundo con un viaje por las regiones remotas de la Península. Encontrarán que la ropa de cama española rivaliza en limpieza y blancura con la nuestra. Déjenme darles un consejo: si el té es tan esencial para su comodidad como el tabaco lo es para la mía, déjeles llevar un hornillo de alcohol en sus maletas. El té de Horniman's en lata puede se puede obtener en la mayor parte de las ciudades españolas. Aunque sea una tradición horrible, no es imposible tomar el té de la tarde en las partes más rudas de España.

Veamos ahora, con un poco más de detalle, la experiencia del escritor con los sábalos en Arbo. Su relato coincide bastante con el de su esposa; no obstante, considero que merece figurar aquí completo, por su propio mérito y también porque algunos lectores que no son gallegos (o que no estuvieron en Galicia) quizá no conozcan la existencia de estas *pesqueiras*, construidas en parte del tramo internacional del Miño ya en tiempos de la ocupación romana según algunos autores.

LOS SÁBALOS DE ARBO

"La pesca del sábalo en aguas interiores aún es una próspera industria en el valle del Miño, y cada aldea de la ribera tiene sus pescadores, quienes viven de la pesca con red y hacen caer en sus trampas a los peces durante los meses cálidos del año. Pasamos varios días entre la gente pescadora de las zonas inferiores del Miño, y vimos su forma de capturar sábalos.

En Arbo hay una pequeña colonia de pescadores de sábalos que han erigido unos sólidos pilares de piedra, aproximadamente con un metro de separación, a través del Miño, con canales entre ellos para el paso de los peces. En cada uno de estos canales artificiales ponen una red de trampa con una abertura grande, afilada hacia el final y asegurada con cadenas. Una de estas trampas colocadas en el lado español del río tenía tres muros, contruidos con una altura de aproximadamente tres metros por encima de la hierba, en las aguas rápidas.

Ésta era la pesquera del cura del pueblo, que pasaba muchas horas cada día en ella fumando montones de cigarrillos, y de vez en cuando levantaba una de sus trampas para ver si había entrado un pez en ella. El sacerdote era uno de los pescadores más exitosos del pueblo. De vez en cuando cogía un puñado de sábalos en una red, y era interesante verlo sacar el gran pez plateado sobre la pesquera, saltar ágilmente con su carga sobre las piedras y poner sus capturas a la sombra de un árbol grande.

Mientras observaba el sábalos con expresión de placer, encendía otro cigarrillo, lavaba las manos con arena y agua, y volvía a su plataforma; bajaba la red otra vez y esperaba la llegada de otro cardumen de peces migratorios.

Mi amigo el cura conocía los caminos de sábalos, y opinaba que había que ocultar parcialmente la boca de la red con una rama verde. Siempre ponía cuidado en ajustar la rama antes de bajar la trampa; y como parecía coger más peces que su vecino de la orilla del río portuguesa, esta precaución podría ser el secreto de su éxito.

Me dijo que la rama verde se parecía a una planta acuática que veía en sus viajes el sábalos, y que los peces nadaban sin sospechar nada de las ramas y se metían en la red.

Noté que en la mayoría de los casos el sábalos estaba muerto cuando lo sacaban de la trampa. Sin duda la presión de la corriente poderosa, combinada con su imposibilidad de abrir libremente sus agallas en el fondo en bolsa de la red, asfixiaba pronto al luchador pez.

El capellán y un carabinero que estaba en busca de contrabandistas porcedentes de Portugal se divirtieron mucho cuando dije que me gustaría tomar una fotografía de dos sábalos recién cogidos para enseñársela a mis amigos en Inglaterra.

No se ha descubierto ningún cebo para atraer al sábalos del Miño. Les pregunté a los habitantes del país si alguna vez alguien había cogido un sábalos con cualquier tipo de cebo natural o artificial. Nada; al parecer no hay ningún cebo conocido para el sábalos. Pero en el Guadalquivir, en Córdoba y Sevilla, este pez pica con varios cebos.

El sábalos puede ser atraído a la superficie por luces brillantes usadas de noche. Cuando llegan los peces, aturdidos y con la guardia baja, son sacados fuera con salabres. Los del Miño tienen unos dos kilos de peso, pero pueden alcanzar los

seis. Mayo y junio son los meses en los que el sábalo sube hacia los pozos superiores del río.



Cenamos sábalos en Arbo y en otras partes. Su carne es de un sabor delicado, pero hay que tener precaución para evitar tragar sus espinas. El sábalo es un plato muy apreciado en España y Portugal. Se sirve frío, con cebollas cortadas y especias.

Saltar de un muro a otro en las pesqueras requiere mucha agilidad. Sus muros sólo están separados aproximadamente un metro, pero un paso en falso o un tropezón que haga caer al pescador en las profundas, rápidas y salvajes corrientes haría que el mejor nadador fuera aspirado y probablemente se hundiese. Esto hace que estar de pie sobre uno de esos muros sea algo vertiginoso al mirar cómo la corriente rompe contra ellos y fluye por los canales en un chorro de agua.

Bajar y levantar las redes son operaciones peligrosas. Las redes se fijan a la cantería con cadenas, y los muros tienen forma de cuña para romper la fuerza de la corriente.

Como nunca he visto un sábalo inglés, no puedo saber en qué se diferencian los españoles de los nuestros. El nombre galés para este pez es ysgadan o arenque,

ya que el sábalo es un pariente muy cercano del arenque, si es que no son el mismo pez.

Las dos clases de sábalos que frecuentan nuestra costa y suben por algunos ríos para desovar, se conocen como el twaite y el alice. Ahora bien, el twaite es pescado con caña y sedal, y es curioso que no se pueda tentar al sábalo del Miño con cebos.

Si yo viviera a orillas de este río, invertiría algún tiempo en intentar atraer al sábalo al anzuelo. Seguramente debe de haber algún bocado fino que induce al sábalo a vencer su indiferencia. El deporte con estos peces sería apasionante. Sopesé un par de sábalos pescados por la red del cura, y uno de ellos andaba entre los cuatro kilos y los cuatro y medio, y el otro tendría aproximadamente unos cinco kilos. En estas aguas bravas un pez grande presentaría una lucha poderosa por su libertad cuando lo enganchara un pescador.

Probé con lombriz una tarde caliente en Arbo. Las rocas del Miño quemaban, y creo que se habría podido asar tocino en ellas. No había el más vago movimiento de aire, y tampoco había sombras en el gran pozo que hay debajo del pueblo. La tensión de la corriente sobre la línea doblaba el tramo medio y el superior de mi caña de salmón, y hacía falta un plomo muy pesado para mantener el cebo en el fondo.

No habían pasado muchos minutos cuando hubo un fuerte tirón en la puntera de la caña. Cogiendo la empuñadura, clavé bruscamente pero ya era tarde: el pez había soltado el cebo. Lancé de nuevo y mantuve la línea entre los dedos. ¡Otro tirón! Clavé otra vez y sentí la tracción de un pez. Esto no puede ser un sábalo, pensé mientras recogía la línea.

No era un sábalo. Se repitió nuestra experiencia de pesca del sábalo en el Guadalquivir: mi captura era una anguila de aproximadamente medio kilo. Le di el animal que se retorció a un chico que me miraba, y puse una nueva lombriz. Anguilas y sólo anguilas vinieron a mi anzuelo. Cogería una docena de aquellas pequeñas anguilas. Con todo, quedé contento: aquella no parecía una forma de coger un sábalo. Mi asiento en la roca estaba tan caliente como la parrilla de un restaurante del barrio residencial de Londres.

Busqué jadeando una sombra y me eché en la hierba verde. Las bogas subían a las moscas que había en la bahía delante de mí. Eché un vistazo rápido río arriba y río abajo. Más allá del rugiente, turbulento y arremolinado Miño, las montañas de Portugal parecían tocar el ardiente cielo azul. El cura estaba en la pesquera mirando sus redes, y el soldado vigilaba mientras fumaba un cigarrillo. Fue nuestra última tarde en el maravilloso Arbo”.

W. Gallichan y C. Gasquoine también pescaron en algunos ríos del norte de Portugal, entrando en el país por Caminha y saliendo por la frontera de Barca d’Alva hacia la provincia de Salamanca. Precisamente en la aduana de Barca d’Alva tuvieron una breve conversación

don dos *guardinhas* que resultaron ser también pescadores. En su libro, él cuenta así este encuentro:

"En la frontera portuguesa de Barca d'Alva, dos guardias inspeccionaron nuestras maletas y vieron las cañas en sus estuches. Hablaron un momento entre ellos (ambos eran pescadores), y uno me preguntó: «¿Cuánto cuesta una caña como ésta?» mientras sopesaba mi caña de salmón con interés. Le dije que podría costar unas 50 pesetas. Abrió los ojos con asombro y le pasó la caña a su compañero. Evidentemente, quedaron fascinados por la ligereza y el equilibrado de la caña de 16 pies de greenheart. Nunca habían visto una caña igual, y seguramente pescaban con largas cañas de bambú.

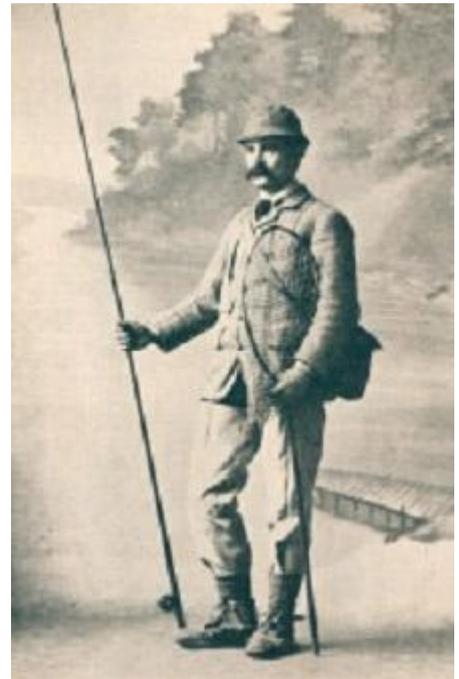
Anoté la dirección del fabricante y se la di al guardia de grado superior. Me pregunto si se habrá convertido en poseedor de una caña de pescar inglesa. Si es así, probablemente habrá pescado con ella algunos de esos grandes barbos del Duero".

En su libro, Walter Gallichan dedica un capítulo a aconsejar a los futuros pescadores ingleses que viajen a España. No se le escapa casi nada en cuanto al material de pesca que se usaba entonces, y advierte a los visitantes sobre el trato correcto que han de tener con los españoles.

En la derecha de esta página, podemos ver una fotografía de Walter M. Gallichan, posiblemente hecha después de su estancia en España.

ALGUNAS COSAS ÚTILES

“Un pescador que escriba para la instrucción y guía de sus hermanos de la caña, nunca debería ocultar sus errores y fracasos, porque, según unas palabras que recuerdo a medias: «Con los fallos los demás, los hombres sabios modifican sus caminos». Por lo tanto, si usted es sabio no lo engañarán como me engañaron a mí los consejos de los fabricantes que decían que hace falta un material muy ligero para pescar las «pequeñas truchas» de España. Estos caballeros nunca han pescado en la Península. Su juicio se basaba en los pedidos de material que recibían de los ingleses que viven principalmente en el sur de España. Sólo puedo decir que en las provincias del norte y del centro hay pocos ríos importantes que no tengan truchas grandes. Mis pérdidas incluyen peces de dos kilos clavados mientras pescaba con mosca, y la trucha más pesada que traje a la mano tenía un kilo.



Las truchas de medio kilo no son raras en el Asón, en el Pas y en los afluentes del Sil y del Miño, mientras que en estos dos ríos principales las truchas crecen hasta el peso de nuestras ferox más grandes. Una trucha de medio kilo en el Sil pelea como un demonio, se dirige a las cascadas, saca línea del carrete y te da más deporte que una de un kilo en la corriente de un río calizo de Inglaterra. Puedes ser capaz de sujetarla y cansarla con material ligero, y ya sé que me dirán que cualquier pescador lo bastante experto puede hacerlo.

Hazlo como quieras, pero, por mi parte, aunque detesto el material pesado no volvería a entrar en España sin un gut lo bastante fuerte como para apretar a una trucha de un kilo y medio. En los ríos principales, donde normalmente hay un buen caudal de agua en los meses de primavera, la truchas hambrientas toman la moscas brutalmente, luchan con ferocidad y no son tímidas. Por supuesto, en los pequeños afluentes, durante la estación de aguas bajas es aconsejable pescar fino y poner una sola mosca. Pero en los grandes ríos el material tiene que ser mejor, estar bien probado y ser de una potencia mediana. Para pescar al lanzado en el Sil y el Miño necesitas cañas de salmón añal.

Lleva contigo una buena reserva de gut y de líneas; no olvides los quitavueeltas de repuesto, los anzuelos de Stewart, la petaca de licor, la cera de zapatero, la seda, los hilos, la báscula de resorte y el material para reparar el pantalón de vadeo. Voy a dar una lista de las moscas que resultaron ser las más atractivas para la trucha en España y Portugal. Las marcadas con un asterisco sólo llevan hackle; las otras son patrones alados normales que se usan para la pesca con mosca ahogada. No estoy excluyendo las moscas secas bellamente construidas. Pueden ser tomadas, y creo que harían un buen trabajo en los pozos de muchos de los ríos, especialmente después de finales de mayo.

Blue dun (dos tamaños); March brown (dos tamaños); Olive dun; Olive dun*; Orange Dun*; Wickham's fancy; Red quill gnat; Stone-Fly; Black gnat; Whirling blue dun; Partridge and green body; Teal and green body, y Dark Yellow partridge.

Las tres últimas deberían tener un tamaño para reo o truchas de lago. No creo que el salmón español tenga preferencia por algún patrón específico de mosca. Se deberían coger moscas de salmón normales en cuatro o cinco diseños.

Ahora llegamos a la cuestión de las cañas más prácticas. Una caña de salmón de dieciséis pies de greenheart o de bambú refundido servirá muy bien tanto para el salmón como para la pesada trucha del Sil. Hay tantas diferencias de gusto entre los pescadores como longitudes de caña que le vayan bien al juicio de cada uno. Mi propia caña para trucha era de un greenheart bastante pesado, de once pies de larga, mientras que mi esposa utilizó una de diez pies más ligera. Si el visitante no tiene inconveniente en cargarse con impedimenta, puede llevar una caña de trucha

extra. En cualquier caso debe llevar un segundo enchufe para la puntera. Se puede coger una caña corta para pescar a fondo peces vulgares. Una sacadora de largo mango, con un pico en la parte inferior, es una ayuda para guardar el equilibrio al vadear por los ásperos fondos de los fuertes ríos españoles. No hay que olvidar el gancho. El mejor carrete para pescar al lanzado truchas grandes es el Nottingham de madera, con freno y guialíneas opcional. También puede servir para el salmón si el pescador desea limitar su parafernalia. Pero si prefiere utilizar un carrete de metal con freno para pescar salmón con mosca, tiene que llevar uno. Deben formar parte del equipo dos carretes de metal para la pesca de la trucha. No es absolutamente esencial agregar otro carrete a la lista para la pesca a fondo, pero si el pescador tiene intención de pescar en el mar, o probar fortuna con los grandes barbos del Duero, debe proveerse de los adecuados «cabrestantes».

Una cesta de pescar es un poco engorrosa cuando se viaja. Yo prefiero una bolsa de lona impermeable o tela resistente, que se puede utilizar como mochila para llevar una serie de cosas cuando uno se mueve de un lugar a otro. A menos que el viajero tenga la suerte de tener un criado, debería tener en cuenta la dureza y la portabilidad en la selección de sus pertenencias.

Los pantalones de vadeo serían útiles, pero son excesivamente calientes para llevarlos puestos en un país como España. Me conformé con un par de medias de vadeo normales. Deben ser de buena calidad y lo más ligeras posible. Se puede elegir el calzado de lona mejor que el de cuero, pues pesa menos y es más fácil de embalar. Mi esposa utilizó un par de albarcas de lona con suela de cáñamo para vadear. Estos zapatos, maravillosamente bien hechos, costaron ocho peniques el par y se pueden comprar en toda España. Las suelas se agarran bastante bien a las rocas resbaladizas, y son ligeros de llevar. Si desgastas cuatro pares, sólo habrás gastado alrededor de media corona.

La elección de la ropa es una cuestión individual. Yo llevaba un chaquetón Burberry de pelo de camello, con una chaqueta Norfolk equipada con cuatro amplios bolsillos, sin forro. Lo esencial es que la ropa debe ser ligera, y al mismo tiempo capaz de soportar un duro desgaste. Para las damas la falda debe ser corta, con un artilugio para levantarla mientras se vadea. Se necesitarán impermeables cortos de Mackintosh que lleguen a los vadeadores. Como sombreros, no hay nada mejor que los de gabardina para pescar. Son ligeros y frescos, y un viento fuerte no los llevará lejos. La boina española es ligera, pero bastante caliente. Los que sufren con el brillo solar pueden llevar un sombrero español de fieltro. Un Panamá de paja está hecho para llamar la atención y charlar. Como las mujeres españolas rara vez usan sombreros, cualquier tipo de sombrero femenino despertará interés. Hay que llevar un par de botas altas y otro de calzado más ligero.

Al viajar de una provincia española a otra, se notarán marcadas diferencias de temperatura. En las regiones montañosas no es seguro estar sin ropa interior de lana, porque aunque los días son con frecuencia muy calientes, el aire se enfría rápido después del atardecer. Mientras se viaja por ferrocarril y durante la estancia en ciudades, la ropa de pesca debe cambiarse por un traje ordinario. Las señoras que no quieran hacerse notar, no deben usar trajes sastre ni sombreros de viaje.

El fumador de pipa debe aprender a apreciar el sabor del tabaco de La Habana. En España, ni un hombre de cada mil fuma en pipa. Los cigarrillos son baratos, pero apenas se adaptarán al paladar acostumbrado a las finas marcas de fabricación egipcia y de Virginia. Los cigarros importados son de buena calidad, pero, debido a los altos impuestos, cuestan más que en Inglaterra. Los paquetes de tabaco ingleses se pueden comprar en algunas de las ciudades a un precio muy alto. Un pobre sustituto del whisky es el aguardiente, también llamado «caña». Es barato y ardiente. El coñac es tolerable, y con un precio muy razonable. No recomiendo los vinos de mesa ordinarios que se suministran con las comidas, ya que muchos son «tratados» con tintes.

El vino de Rioja, vendido en botellas selladas a un precio moderado, es sano y agradable. Se pueden obtener excelentes vinos en las ciudades. La buena sidra embotellada se vende en el norte. La cerveza española se parece a la rubia inglesa, y se compra en botellas. Hay varios tipos de aguas gaseosas y jarabes no alcohólicos conocidos como refrescos. Un licor preferido es el anís.

Creo que ya he dicho lo suficiente sobre la cocina como para preparar al extranjero para sorpresas agradables y menos agradables. A aquellos que no están acostumbrados a ayunar mucho, les aconsejaría que se proveyeran de alguna forma de alimentos concentrados portátil, como las pastillas de carne de Brand.

Hay que tener en cuenta que, incluso en los caminos más frecuentados de España, raramente se habla inglés; ni siquiera en los grandes hoteles. En las provincias vascas muchas de las personas bien educadas hablan francés, pero este conocimiento de la lengua francesa disminuye perceptiblemente cuanto más al sur se viaja.

Se puede lograr mucho en España con el uso de unas pocas frases y gesticulaciones. Hay varios libros de frases en español e inglés, y el viajero debe llevar uno de éstos y un diccionario de bolsillo. Si es posible, tome algunas lecciones del idioma antes de empezar; esto le ayudará a pronunciar correctamente. Un cierto conocimiento del italiano o del latín es de alguna ayuda en el aprendizaje del castellano.

Saque de su mente todas las ideas preconcebidas sobre la deshonestidad del pueblo español. Es difícil explicar el origen de esta calumnia sobre esta raza educada y hospitalaria. La idea popular del español ignorante es la de un hidalgo

moreno, siempre listo para pelearse y propenso al resentimiento. De hecho, los españoles se enorgullecen de las tradiciones de su raza y muestran una gran cortesía con el extranjero que se convierte en su huésped. En las relaciones personales con españoles de todas las clases sociales siempre hemos encontrado amabilidad y generosidad. Nunca en España, bajo ningún pretexto, se añadió una peseta adicional al precio estipulado en las fondas y casas de huéspedes. Tenga la seguridad de que no será engañado en España. Puedo añadir aquí que el trabajo de lavandería es excelente y asombrosamente barato.

En España, el título de «caballero» no depende del nacimiento o de la clase social. El posadero, al igual que el duque, recibe la cortesía que da a los demás. Hay que evitar estrictamente cualquier supuesto de superioridad social cuando se trata con el pueblo. El esnobismo, que es la pesadilla de las relaciones humanas, es desconocido en España. La cortesía no cuesta nada, y produce un gran rendimiento en estima y servicio.

Al contratar a un asistente, es bueno aceptar la recomendación del encargado de la fonda. Cuando le pregunte usted a su guía «¿Cuánto debo pagar al día?», puede que se sorprenda al escuchar la respuesta: «Nada». No se debe aceptar esto en sentido literal, sólo es el equivalente al británico «Lo que usted decida, señor». Un niño se contentará con una peseta y el almuerzo. El chico se negará a compartir el contenido de su bolsa del almuerzo, a menos que usted lo presione a comer. Ésta es una regla de su código de cortesía.

Ya he hablado antes de la inteligencia del rústico español. Sin excepción, encontré a mis jóvenes guías adaptables y útiles para llevarme a los mejores tramos. Antes de penetrar en las regiones más salvajes, sobre todo en el Sur, se deben hacer averiguaciones en los cuarteles de la Guardia Civil con respecto a una guía fiable, el alojamiento y la seguridad de la ruta proyectada. El bandidaje ha sido prácticamente eliminado, pero todavía hay una o dos provincias donde los salteadores de caminos están a la espera de viajeros incautos.

El que visita España debe proveerse de un pasaporte. En Barcelona la ley ordena que todos los pasaportes sean visados por el cónsul. Se puede sacar el dinero con notas circulares de crédito que se pueden cambiar en la mayoría de las grandes ciudades. Los billetes ingleses del Banco de Inglaterra son aceptados en todas partes. El tipo de cambio varía de un día a otro, pero, desde la guerra de España con USA¹², el cambio ha quedado muy a favor del viajero inglés. En Portugal, el dinero español sólo puede cambiarse con una gran pérdida, y el valor de cambio de dinero británico en ese país es mucho menor que en España.

W. Gallichan dedica el último capítulo de su libro a la ley de pesca vigente en España en 1902. Algunos de sus artículos lo sorprenden desagradablemente, y no deja de atisbar el gran potencial que tendrían los ríos españoles de entonces con una ley de pesca más racional y enfocada a la conservación de las especies piscícolas.

¹² Se refiere a la de 1898, que supuso la pérdida de Cuba y Filipinas (N. del T.).

LA LEY DE PESCA EN ESPAÑA

Uno puede imaginar la consternación que se produciría en España si se aplicara una ley que prohibiera la captura de peces de agua dulce por cualquier otro medio que no fuera la caña y la línea. La gente se resistiría obstinadamente a tal ley. Los pueblos de todos los países necesitan educación para preservar sus propios intereses y, en este sentido, España no es el único.

En nuestro propio país hemos sido testigos de una fuerte oposición a las medidas para la conservación de los peces de la red de ríos y lagos de Norfolk y de las truchas de los ríos escoceses durante el período de desove anual. En Gales, la gente apenas está empezando a comprender las ventajas de la conservación organizada de los ríos y lagos. Los pescadores que han conocido el Támesis durante toda su vida, nos dicen que nunca estuvo mejor poblado que en la actualidad.

Esto es debido al incremento de pescadores y al desarrollo de la sabiduría y la previsión entre la fraternidad de los que manejan la caña.

Habría de pasar algún tiempo antes de que los legisladores españoles puedan convencerse de la utilidad económica de una revisión completa de la ley de pesca. Más allá de ceñirse a la próxima temporada para el salmón, el reo y la trucha común, y establecer algunas reglas inadecuadas sobre el uso de redes en agua dulce, nada se hace para proteger la vida de los peces.

¿De qué sirve proteger a los peces que se reproducen, cuando miles de alevines son sacados de las pequeñas charcas y afluentes con redes durante las estaciones secas? He visto truchas tan pequeñas como peces-cebo preparadas para la mesa en las fondas españolas. Imagínense a un criador de aves de corral que proteja a las gallinas cluecas y mate a los pollos una semana después de haber nacido. Ya me he referido a la aniquilación sin sentido de los pintos de salmón, y al asombro de los ribereños ante nuestra súplica por la preservación de los peces inmaduros.

No estoy dispuesto a decir que los ríos de toda España podrían ser rivales de los de Noruega. El Sr. Kennedy, en su «Treinta Temporadas en Escandinavia», nos cuenta la notable productividad de estos ríos del Norte. Pero el Sil y el Miño contienen aún más truchas que los ríos noruegos, y probablemente sólo son superadas en peso; y rara vez lo son por las truchas de Nueva Zelanda. España es un rival de nuestro propio país para las truchas de tamaño deportivo, a pesar de su primitiva y defectuosa legislación pesquera. No hay duda de que España podría convertirse en un paraíso de los pescadores en el transcurso de unos años.

Esto tendería a traer un bienestar general. Subiría más salmón por los ríos para desovar, y caerían más en la caña de los pescadores. A largo plazo, los pescadores con red en los estuarios y en la zona de marea se beneficiarían, porque es obvio que cuanto más salmones bajen por el río después del desove, mayor será el número de ellos que volverá en la estación siguiente, y más esguines bajarán para

volver como añales. Una década de redes temerarias en zonas de marea y en agua dulce causará estragos en cualquier río. Añádanse a esto las depredaciones inevitables de los pescadores furtivos empleando lazos, fisgas y la mortal dinamita: ¿qué posibilidades le quedan al desafortunado salmón?

Los criaderos de truchas son casi desconocidos en España. Se hizo un criadero privado en el Bidasoa hace algunos años, y creo que el rey Alfonso XIII cría truchas para introducir en sus propios arroyos. También he oído hablar de un caso de almacenamiento de truchas en un lago de montaña de las provincias del norte. En España no sería necesaria la cría si se revisara la ley, se suprimiera la pesca furtiva y se prohibiera el uso de las redes en aguas dulces, salvo en algunos casos donde el tamaño medio de las truchas en un lago pudiera incrementarse con una discreta disminución de peces de pequeño tamaño. La trucha es tan prolífica, y los ríos de España están tan perfectamente adaptados para la producción de peces, que los sanos métodos de conservación serían suficientes por sí mismos durante muchos años. La pesca con caña no podía perjudicar a la población de peces en ríos como el Ebro, el Asón, el Deva, el Nalón, el Pas, el Besaya, el Saja, el Miño y el Sil, entre muchos otros.

España podría atraer a los pescadores de todas partes de Europa si el Estado y el pueblo se dieran cuenta de la fuente de ingresos que podrían llegar a ser sus ríos. El estímulo para usar medios legítimos para pescar se fomentará al ver actuar a los pescadores visitantes. Cuando los pescadores de las provincias vascas vieron que podíamos coger truchas con una caña y material ligero en los ríos principales, algunos sin duda reconocían que se trataba de una forma de pesca más rentable que meterse con los peces pequeños en los arroyos. Nos preguntaron si podríamos comprarles algunas moscas en Inglaterra y parecían dispuestos a revisar sus propios métodos. Recordemos que en Matarrosa los más prósperos de los ribereños ganan su sustento con la captura legítima de truchas con caña. Un intermediario especulador de esa comarca les compra las truchas a estos hombres y las almacena en un refrigerador hasta que puedan ser enviadas al mercado. Por lo que he observado, a estos hombres la pesca de caña les era más rentable que la pesca furtiva, y es interesante observar que todos eran pescadores con mosca.

Pero antes de que la pesca con caña pueda llegar a ser popular en España, la gente debe ser capaz de comprar unos equipos adecuados. Es patético observar a estos agudos y pacientes pescadores tratando de atraer a las truchas con sus moscas grandes, torpes, gut de salmón y rígidos varales de bambú.

La piscicultura es ahora una cuestión de interés legislativo en casi todas las naciones. Hay bastante literatura sobre el tema en Francia. España no carece de escritores de pesca: en 1850 Francisco Fernández de los Senderos publicó un trabajo sobre los peces de la costa sur de España. Incluso ya en 1786 hay registros de un documento sobre la «Propagación de peces y el método de transportarlos a otros lagos y ríos».

Ramón de Silva Ferro escribió un memorando refiriéndose a la industria de la pesca representada en la Exposición Universal de París en 1878. Un capítulo se refiere a la piscicultura y otro a la gestión de la pesca del salmón. Estas son algunas de las pocas obras sobre temas de pesca publicadas en España. Hay una lista de los libros sobre las pesquerías españolas en la «Bibliotheca Piscatoria». La literatura deportiva de España se ocupa casi por completo del pasatiempo nacional de los toros; sobre este tema hay toda una masa de acreditada escritura. La pesca deportiva no es considerada como un deporte en la Península, y no hay entusiastas que se hayan animado a cantar sus encantos en verso, ni a escribir tratados técnicos sobre este noble arte. La librería Manuel Pardo, en la calle Espoz y Mina nº2 de Madrid, tiene algunos libros sobre este deporte, incluyendo traducciones de algunas obras inglesas.

Entre las obras de Cervantes sólo he observado una referencia a la pesca. Está en el Quijote, donde un ventero dice: «Señor, debe poner otro cebo, o no pescará», como réplica a la afirmación de que los libros de caballería son ficciones.

Se puede comprar por media peseta una copia de las leyes relativas a la «Caza y pesca» en las librerías de la mayoría de las ciudades. Este pequeño folleto contiene las ordenanzas de 1834, 1879 y 1895. El artículo I de la Ley de 1895 establece que el tiempo de pesca en agua dulce para el salmón, el reo, la trucha común, el salvelino¹³ y todos los peces de la familia de los salmones, dura seis meses y medio, y la veda va desde el primer día de agosto hasta el 15 de febrero. Para la trucha arco iris, la veda es desde el mes de octubre hasta el 15 de abril. De esta regla se puede deducir que el salmón y la trucha comienzan a desovar muy temprano en la estación en España, de lo contrario la normativa sería extraña. Cabe señalar que el salmón y la trucha de mar están protegidos en el mismo momento en que comienza a permitirse el mejor deporte en muchos de nuestros propios ríos. La temporada del salvelino termina en España cuando nuestro propio grayling está creciendo en las mejores condiciones. Este recorte de la temporada de la trucha por dos meses, y de la del salmón por tres, parece bastante innecesario.

El artículo IV se refiere a la modificación de la ley de veda temporal en el caso de personas empleadas en los establecimientos oficiales de piscicultura. No conseguí obtener información sobre estos criaderos.

El artículo VII trata de las sanciones por infracción de la ley de pesca. La ley dispone que las personas que se encuentren pescando sin licencia sufrirán una multa de 5 a 25 pesetas. Los delincuentes que utilizan dinamita están sujetos a una multa de no menos de 40 y no más de 160 pesetas.

¹³ En el original, «greyling (*umbla*)». En Inglaterra le llaman *greyling* al timalo, pero no hay noticias de que este pez haya existido en España. A juzgar por la especificación *umbla* del autor, común a muchos salvelinos, debe de tratarse del salvelino (*Salvelinus fontinalis*), que fue introducido en los Pirineos a finales del siglo XIX. (N. del T.).

A pesar de éste y otros decretos similares, la dinamita se sigue utilizando en el Sil y el Miño, y es muy dudoso que el 50% de los pescadores saquen la licencia. Estas leyes prácticamente pasan por alto la existencia de los pescadores de caña, sólo se ocupan de los que pescan con red y con trampas. El legítimo pescador en el sentido inglés apenas se menciona, por la simple razón de que muy pocas personas tienen a la pesca como una diversión.

El procedimiento para obtener una licencia de pesca es algo complicado. En primer lugar tienes que comprar el permiso en un estanco. Si miras en un diccionario español, encontrarás que «estanco» significa «impermeable al agua, embargo, monopolio, tanque». Te mandarán a una tienda de tabaco, pero debes encontrar el tipo adecuado de tienda, es decir, una autorizada para expender licencias. La licencia es una tarjeta verde que dice en su cara anterior:

LICENCIA DE PESCA.

4ª CLASE. 5 PESETAS.

Correspondiente a cédulas personales de 6ª clase en adelante.

PROVINCIA DE GUIPUZCOA.

EL GOBERNADOR CIVIL

Concedo licencia a D. V. VALTER M. GALLICHAN, vecino de San Sebastián, con cédula personal de ... clase número ... para pescar. En San Sebastián, a 18 de Marzo de 1902.

EL GOBERNADOR.

Como en el alfabeto español no hay W, mi nombre fue un problema para el respetable gobernador.

En el dorso de la licencia se anuncia que el poseedor tiene las siguientes «señales»: edad, estatura, color de ojos, color de la barba y profesión. Se deja un espacio para escribir estos detalles. En nuestro caso, la descripción de estos rasgos parece ser innecesaria, a menos que los funcionarios quedaran totalmente aturridos al describir a una señorita pescadora. Es dudoso que alguna vez se le haya pedido a una señora que saque la licencia de pesca.

Esta licencia permite al pescador emplear métodos de captura de peces que supondrían fuertes sanciones si los practicara en el Reino Unido.

He llegado al final de mi historia de pesca y viajes por España y Portugal. Al escribirla he revivido muchos de los días de una feliz primavera y verano. Ante mí hay una postal recién recibida de un amigo que está vagando por España. Escribe sobre el sol ardiente y las ciudades pintorescas. El ambiente y la belleza de Iberia son únicos en Europa, y la gente es encantadora y romántica. ¡Adiós, pues, de momento, a la brillante tierra del mañana, con sus inescrutables costumbres, sus curiosos prejuicios, su cortés gente, sus gloriosas montañas, sus vastos espacios abiertos, sus bravos ríos y sus ágiles truchas!



El pez en la sacadora



C. Gasquoine Hartley pescando desde un malecón en el Guadalquivir